Bogotá contada 7





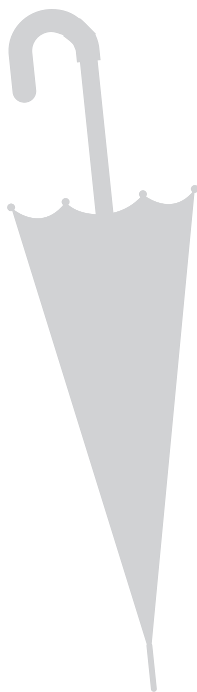
Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO CAPITAL

Bogotá contada 7



Primera edición, Bogotá, septiembre de 2021

Fredy Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
Juan Santacruz, imágenes de cubierta
Imágenes de las páginas 3, 6, y 13, Freepik
Fotografías de los autores:
Alina López Cámara, Margo Glantz
Vasco Szinetar, Antonio Ungar
Noé Obregón, Cristina Morales
Carlos Granés, Orlando Echeverri, Julianne Pachico, cedidas por los autores
978-958-5595-50-7, isbn
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co

@LibroAlViento @LibroAlViento

Contenido



Plaza de Bolívar - Bogotá

Siete maneras de perderse en Bogotá

Lo más difícil es perderse en Bogotá. No lo parece, pero requiere determinación, talento, astucia. De eso se trata el estar en una ciudad: de extrañarse, de no mirar lo que ya hemos visto de ella o lo que creemos saber antes de visitarla. Pero cada escritor busca sus maneras, tiene su propio estilo para dejarse ir y alejarse de lo conocido frente a la hoja en blanco de la ciudad.

En Bogotá nos podemos perder gracias al simple ejercicio de evocarla. Orlando Echeverri rescata de su memoria a ese niño que a los ocho años llega, desde Cartagena, a esta ciudad y descubre un lugar distinto a cualquier otro en el que hubiera estado antes y queda encandilado ante esta revelación: “Por primera vez en mi vida no tenía un ventilador de techo que hiciera madurar el aire con sus aspas”. Su tarea será acabar de perderse, trazando caminos y ubicando rincones en esa ciudad que ni siquiera sus padres conocen.

Otro camino, no el menos difícil, es hacer caso a las guías turísticas y, frente a los sitios más visitados o más icónicos, abrir bien los ojos, indagar, atravesar las barreras de lo obvio. Margo Glantz va a Monserrate, al Cementerio Central, al Hospital San Juan de Dios, a Paloquemao, y en algún punto —se da cuenta— camina sobre "heridas o cicatrices de las heridas"; se plantea muchas preguntas y corre el riesgo —se trata a veces de eso— de que las respuestas sean dolorosas: "Me detengo, pienso en las innumerables fosas clandestinas que se van descubriendo a lo largo del territorio mexicano, pienso en los miles de cadáveres que los sicarios de los cárteles de la droga han disuelto en ácido también en México y siento una extraña y siniestra hermandad".

Es el primer día de Betina González en Bogotá, está en la habitación de su hotel y, como llueve empecinadamente, apenas le llegan los ruidos de la ciudad en sordina. Está mareada y tiene que salir a hacer una lectura de su obra en un punto de lectura que resulta siendo un parque (y no una biblioteca, como pensaba). Luego, otro día, tiene que responder preguntas banales para un programa de radio o para un programa en vivo para la televisión. ¿Cómo extraviarse así? Pero Betina actúa con arrojo y pregunta directamente a dónde tiene que ir en Bogotá para perderse. Ciudad Bolívar, le dicen. Allá va. Y nos cuenta todo lo que nos puede contar de su estadía en Bogotá ("Mi problema, como

siempre, es la honestidad. Decir la verdad, ser auténtica, no transformarme en un personaje de mí misma…”), esos instantes en que se descubre a sí misma: esos tragos de tequila, esa profunda tristeza.

Carlos Granés recuerda cuando vivía en Bogotá, tenía veinticuatro años y “no soportaba la normalidad ni la tibieza de La Soledad. Como Mayakovsky, creía que había que darse la vuelta como un guante y ser todo labios. Llevar actividades contradictorias e incompatibles hasta la audacia del extremo”. Su urgencia más apremiante era alejarse de lo conocido, pero ser extraño en esa ciudad voltajuda era en realidad lo más fácil: “No había necesidad de bazuco para estar todo loco. Bogotá, de noche, ponía todo loco a todo el mundo”. Todo eso nos lo cuenta Granés cuando vuelve a Bogotá y repasa la extravagante hostilidad de esos días y se ve conectado directamente con uno de los hechos más violentos que han marcado la vida de esta ciudad.

Habría que ser radical, y no conformarse con perderse en una ciudad, sino también perderse ella misma, parece decirnos Cristina Morales. Y voluntariosamente se descarría. Encuentra en Bogotá ese espacio donde puede abandonar su cuerpo, un jam de contact, “una sesión de improvisación de danza contemporánea inspirada en la técnica del *contact-improvisation*”. Otro día da una charla sobre literatura y mujeres migrantes en el barrio Santa Fe y ahí encuentra a la persona que la

invita a quedarse una noche en Fontibón (alguien le advierte: "el barrio más peligroso de Bogotá"). Experta en perderse, es capaz de definir esa capacidad (para la vida, para la literatura): "Y creo que también es la consecución o el mero hallazgo de ese estado flexible y oscuro, como de criatura de fondos abisales, el que hace que las fiestas, los viajes y el sexo sean gozosos, reveladores, cargados de sentido".

A Julianne Pachico le bastó entrar en un museo para perderse. ¿Qué había en el museo? Preguntas, pues una ringlera interminable de preguntas es suficiente para provocar ese estado en el que no sabemos bien quiénes somos, ni dónde nos encontramos, ni para dónde vamos. En ese lugar se sitúa (y de paso al lector) en ese umbral de beatífico desconcierto en el que, despistados, nos disponemos electrizados a perseguir respuestas, no importa que las respuestas nos lleven a plantearnos exactamente las mismas preguntas: "¿Ustedes qué harían si tuvieran un familiar desaparecido? ¿Cómo relacionarnos con lo desaparecido? ¿Cómo llegamos a esto?".

El cuento de Antonio Ungar plantea un hecho inquietante: estamos desarraigados desde siempre, nuestros padres se perdieron primero que nosotros y nos arrastraron en su extravío. La Soledad, el Park Way, es el escenario en el que atisba de nuevo la figura del padre ("Casi treinta años sin verlo y sin embargo está ahí,

aquí, en la realidad"). Al protagonista no le queda más que seguirlo, descifrar sus rutinas, tratar de orientarse en la misma Bogotá de su padre. Le sigue la pista, pero no con la esperanza de encontrarse, sino, quizás, porque no tiene ninguna otra opción, porque es, consabidamente, su destino.

Habrá otras mil maneras de perderse en Bogotá, esa "gran ciudad, la roja ciudad enladrillada", como la vio Margo Glantz desde la altura de Monserrate, esa ciudad voltajuda o melancólica, "ese acervo de edificaciones ruines, espaciadas y con un incuestionable corazón rural" (Orlando Echeverri). No se descarta que en el camino (como nos sucede al leer) nos encontremos, así esto signifique solamente un momento de lucidez, una revelación que nos traiga a la memoria nuestra juventud perdida o una reminiscencia inusitada de nuestro lugar de origen.

Fredy Ordóñez

Bogotá contada 7

Orlando Echeverri
Margo Glantz
Betina González
Carlos Granés
Cristina Morales
Julianne Pachico
Antonio Ungar



ORLANDO ECHEVERRI
(Cartagena, 1980)



Estudió Filosofía y trabajó como periodista. Ha colaborado con las revistas *El Malpensante*, *Universo Centro* y la revista estadounidense *Hobart*. Vivió en Buenos Aires, Sevilla (España) y el sur profundo de Tailandia, donde se desempeñó como fotógrafo. En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Novela Idartes con el libro *Sin freno por la senda equivocada.* Hizo parte de la antología de cuento titulada *Puñalada trapera* (Rey Naranjo). En 2017, Angosta Editores publicó su segunda novela, *Criacuervo*, seleccionada en 2018 como finalista del Premio de Novela del Ministerio de Cultura de Colombia. Su libro más reciente es *La fiesta en el cañaveral* (Penguin Random House, 2018).

El aserradero

We're in the sleeping life.
A hundred strings play the dream.

A. Tryphon

Nos mudamos a Bogotá en enero de 1988, cuando mi papá obtuvo un traslado en el Banco Popular, donde había empezado a trabajar como cajero hacía un par de años. Alquiló un apartamento de dos habitaciones en un edificio de ladrillos marrones junto a las vías ferroviarias, y debido a que entonces no disponíamos de muebles, solíamos desayunar en un mantel con patrones de cachemira que mi mamá extendía sobre la alfombra de la sala. Desde que llegamos a la ciudad mi papá tuvo que presentarse a diario en la oficina. Poco después mi mamá se inscribió en un taller de informática al que iba en las tardes. Naturalmente, con ocho años de edad, yo tenía prohibido salir solo del apartamento. A veces me entretenía jugando con pequeñas figuras de beisbolistas que me habían dado la última Navidad, pero la mayor parte del tiempo no hice otra cosa que cruzarme de piernas frente a la ventana. Veía abstraído una calle sin pavimentar salpicada de charcos, un

gran solar que servía como depósito de un aserradero y, mucho más allá, las faldas nebulosas y soberbias de las montañas.

Tal vez la primera impresión que tuve de Bogotá derivó de la confusión. No entendía el carácter de la ciudad. El sector donde vivíamos estaba imbuido de una atmósfera desangelada y, más que una gran urbe, Bogotá me parecía un acervo de edificaciones ruines, espaciadas y con un incuestionable corazón rural. Tampoco comprendía por qué mis padres querían radicarse ahí, de qué huían exactamente, qué esperanzas o expectativas depositaban en esa nueva vida. En cuanto a mí, pensaba constantemente en Cartagena. Echaba de menos el trópico salvaje, la casa de mis abuelos, las ferias y ciudades de hierro que ensamblaban en Chambacú, cuyas luces titilaban entre los mangles, el griterío de los zapateros ambulantes y de los vendedores de galletas griegas en el ocaso tórrido. Las noches en Bogotá eran, en fin, diferentes a las que había experimentado hasta entonces, más crudas y vacías: transcurrían en un silencio gélido. Mis padres apenas hablaban. No teníamos libros o televisión, ni siquiera una radio de transistores donde poner a sonar música. Todo estaba suspendido en una gravedad indescifrable y, al menos durante los primeros días, cenábamos con la mirada en los platos, evadiendo no sé qué error terrible e irresoluble. Un silencio aún más inquietante

se instalaba en mi habitación. Por primera vez en mi vida no tenía un ventilador de techo que hiciera madurar el aire con sus aspas. Si despertaba en la madrugada mis ojos eran incapaces de distinguir forma alguna, como si las paredes desnudas diluyeran los límites de la oscuridad o la noche se me hubiera metido en el cuerpo mientras dormía.

Al cabo de unos días, solo y envalentonado por el tedio, decidí desobedecer la orden de mis padres y empecé a escabullirme fuera del apartamento por las tardes. Como no tenía llaves, hacía una bola de papel para colmar el hueco donde encajaba el pestillo de la cerradura. Con unas botas de caucho y la bolsa de beisbolistas me aventuraba cauteloso en el laberinto del aserradero sin llegar nunca a atravesarlo. Guardo en mi memoria el recorrido de esas caminatas, que medía dejando a mi paso las figuras de bateadores y pícheres de plástico, transitando de puntillas entre la hierba como un caballo de desfile. Nunca había estado en un lugar así. La niebla helada se robaba la fragancia de los troncos descompuestos y las briznas que crecían al borde del sendero tenían una pátina de aserrín que se desprendía en los dedos. En la corteza de los árboles muertos había hongos henchidos y beige como masmelos, y una fresca alfombra de musgos donde los escarabajos copulaban con las alas desplegadas; en el centro del terreno se veía un claro de donde crecían zarzas encanijadas que ofrecían

moras carcomidas por los insectos. Durante el tiempo que exploré el aserradero, los beisbolistas que dejaba un día desaparecían al siguiente. Perderlos se convirtió, digamos, en un desafiante divertimento, e incluso se esfumaban cuando los dejaba en sitios que consideraba remotos. Tras una semana no me quedaba ni una figura.

Una noche, después de comer un pollo asado que pedimos a domicilio, la comida predilecta de mi mamá y la que más asco me daba a mí, vi por la ventana la luz de una linterna moviéndose en el aserradero. Creí escuchar el llanto de un niño y más tarde el golpe sordo de un hacha en la madera. La silueta que portaba la linterna se movía de un lado a otro, impaciente, frenética, como en busca de algo perdido. Luego se desvaneció en lo más profundo del lugar. Pegué la cara al cristal helado. Mi aliento formó un gran parche que froté con el antebrazo. No vi nada. Un ladrido. ¿Quién estaba ahí? ¿Qué buscaban? El paso lánguido del tren vacío por el terraplén dejó una estela de humo. De mi estado expectante me sacó bruscamente el estallido de un vidrio que se rompía en el suelo. Me di vuelta. Escuché la voz de mi papá preguntando desde su cuarto qué pasaba.

—Se me rompió uno de los vasos nuevos —gritó mi mamá desde la cocina.

Mi papá refunfuñó algo ininteligible. Mientras tanto vi a mi mamá mojar el borde de un periódico y pegarlo a las baldosas del suelo. Agarró una escoba y

fue barriendo las esquirlas de vidrio hacia el centro del papel. Me acerqué un poco a ella.

—No sigas —me advirtió—. Vas a cortarte.

Di un paso hacia atrás.

—¿Qué es lo que está en frente del edificio? —pregunté.

Mi mamá levantó la vista, distraída, y me miró sonriendo.

—¿Es una adivinanza?

—No, quiero saber qué es lo que está del otro lado de la calle.

—No sé, ¿por qué no me dices tú?

—Hay muchos troncos —dije, dudando—. Y alguien con una linterna.

—¿Y cómo sabes eso?

—Pues porque lo acabo de ver por la ventana.

—A lo mejor te lo imaginaste.

—No estoy loco, mami.

—Bueno, entonces tal vez alguien vive ahí.

—¿Entre la madera?

—Sí, entre la madera.

—¿Y dónde duerme? —pregunté—. ¿Cómo hace cuando llueve?

De golpe mi mamá irguió el cuerpo y clavó un puño severo en sus caderas:

—Seguro que tu papá sabe, mijo. ¿Por qué no vas y le preguntas a él?

Preferí encerrarme en el cuarto.

La escena me disuadió de regresar al aserradero los días que siguieron. A pesar de que estuve atento en la ventana tanto tiempo como pude, no volví a ver a nadie transitando por los senderos. Una semana después me aburrí del mismo panorama desolado y mi papá me llevó a una entrevista en un colegio católico al norte de la ciudad. El sitio quedaba muy lejos de donde vivíamos. El bus que abordamos parecía a punto de desplomarse pieza por pieza. Había tensión en cada movimiento del conductor, hastío en la gente que subía silenciosa, humaredas negras despedidas por los tubos de escape y una semblanza de desgracia en la hormigueante multitud que se veía por la ventanilla. Bogotá seguía pareciéndome extraña, imprecisa en el tiempo, inclasificable, distinta a todo lo que había visto en mis ocho años de vida. El colegio, en fin, quedaba a las afueras de la ciudad, frente a un arroyo por el que corrían aguas negras, al lado de un Cafam cuyas vallas publicitarias anunciaban un sofisticado complejo de piscinas. La entrevista fue con el rector del colegio, en su oficina. Mi papá se dirigía a él en un tono melindroso y circunspecto que desdibujaba su carácter. Mostró mi certificado de nacimiento y las notas del que fuera mi colegio en Cartagena. Recuerdo que el cura echaba un vistazo desobligado a los documentos. En frente de él había un rótulo de escritorio

que decía Rector. Mi papá estaba sentado casi al filo de la silla, expectante, nervioso, y se paseaba la lengua por los labios como alistándose para decir algo locuaz, aunque al final sus palabras fueron lacónicas y más bien patéticas:

—Se lo suplico, padre.

—Me está pidiendo algo difícil. Las admisiones están cerradas. Estas cosas no se hacen en el último momento.

—Es verdad —dijo mi papá—. Pero la recomendación de… mis circunstancias… entiéndalas, acabamos de mudarnos de Cartagena.

El cura se volvió hacia mí. Esbozó una sonrisa benevolente y se llevó aire a los pulmones.

—¿Cuál es tu materia favorita, muchacho?

Miré a mi papá. Luego al cura. Me encogí de hombros.

—¿Te gustaría estudiar acá? —agregó.

No dije nada.

El cura tamborileó impaciente en el escritorio.

La cara de mi papá estaba roja de ira y echaba chispas por los ojos.

—Te hicieron una pregunta —dijo, controlándose.

Me reacomodé en la silla:

—¿Hay equipo de béisbol? —dije.

Mi papá se aclaró la garganta.

El cura entrelazó los dedos.

Ese día, no obstante, el rector cedió poco a poco ante la zalamería estratégica de mi papá. Finalmente hablaron de la matrícula, de la lista de libros, del uniforme y de los trámites previos a mi admisión. De vuelta al apartamento mi papá estaba visiblemente aliviado. No me hizo ningún reproche y, por el contrario, decía que habíamos tenido una suerte monumental. Saltaba a la vista que haber solucionado mi cupo escolar lo llenaba de confianza. Días después compró una televisión, un ajuar modesto y un par de pinturas que mi mamá colgó en la sala. Los viernes volvía del trabajo con amigos de su oficina y, tarde por las noches, achispado por el aguardiente, se iba con ellos a una cantina en el centro de la ciudad. A mi mamá no le gustaba recibir gente en el apartamento. Prefería quedarse conmigo. A pesar de mi edad era fácil adivinar que contenía la furia. En las madrugadas, cuando mi papá llegaba borracho, tenían largas discusiones que terminaban en acusaciones y amenazas. La verdad es que mi papá nunca fue un bebedor avezado. Me daba la impresión de que sólo intentaba hacer vida fuera de la oficina, ganarse la simpatía de sus colegas. Un sábado por la mañana, la última vez que lo vi ebrio, había vomitado en la cama. La estela de bilis y aguardiente y comida a medio digerir recorría transversalmente las cobijas. Mi mamá estaba tan enfadada que, en lugar de insultarlo, dio un portazo y se fue del apartamento a no sé dónde. Yo me asomé

con reserva por el marco de la puerta. Mi papá estaba en calzoncillos, sentado al borde de la cama, con el pelo desordenado y sosteniéndose la cabeza desgonzada con las manos. Sus ojos inyectados en sangre parecían extraviados en la locura.

—¿No ha vuelto tu mamá? —dijo.

Negué con la cabeza.

—¿Y sabes de casualidad a qué hora llegué anoche?

—No sé, estaba dormido.

—Bueno —dijo y tosió—: Ayúdame a buscar mis pantalones.

Me acerqué a la cama dando zancadas para evitar las gotas de vómito en la alfombra. Hallé sus pantalones debajo de la cama. Los agarré con dos dedos, como si empleara una pinza, y los dejé caer en frente de él. Mi papá buscó la billetera en los bolsillos. Su billetera de cuero era un bulto tan hinchado que se sacaba brillo a sí misma. Extrajo un billete de mil pesos y me lo entregó:

—Ve a la tienda y cómprame unas aspirinas.

—No sé dónde está la tienda.

—En la esquina, carajo —gruñó—. Sales del edificio y vas a la izquierda. Te vienes directo al apartamento. ¿Me oyes?

Eran aproximadamente las ocho de la mañana. Afuera llovía suavemente. Hacía más frío de lo normal y un banco de niebla que navegaba por la ciudad me ardía en la cara. Me puse las botas de caucho, mi chaqueta

y salí a ocuparme del mandado. Encontré la tienda sin ninguna dificultad y compré la caja de aspirinas. Fue haciendo el recorrido de vuelta, cuando estaba ante las escaleras del edificio, que volví a ver a alguien en el aserradero. Primero distinguí una silueta encorvada, luego otra más. Subí unos cuantos peldaños en un esfuerzo por distinguir algo entre la bruma, pero las figuras que antes se insinuaban habían desaparecido. Sin pensarlo crucé la calle sorteando los charcos, aún con las aspirinas de mi papá en la mano. Como no alcancé a ver nada más, decidí adentrarme en el aserradero. Escuchaba a lo lejos voces de mujeres y un idioma incomprensible, y más tarde incluso alcancé a oír el ruido de una máquina. Cuando llegué a las zarzas me quedé de pie aguzando el oído. Había pájaros copetones sobre los troncos y de la tierra emergía un melifluo olor a excremento de perro. Escuché el nombre de algunos colores, que alguien pronunciaba a modo de instrucción. Seguí la voz por el sendero y al cabo de unos metros encontré una casa con techo de zinc y muros de ladrillos huecos. De la vivienda provenía un sonido mecánico, constante y frío, que a veces se atragantaba con algo. Frente a la fachada había una gran mesa rectangular sobre la que reposaban cabezas y extremidades de madera pulida. Debajo descansaba un perro viejo con el pelo marrón. Una mujer pequeña, de cara ancha y rasgos indígenas, me miraba con desconcierto desde el umbral. Se dio vuelta y gritó hacia el interior:

—¡Chavela!

El zumbido que producía la máquina fue desactivándose gradualmente. Una mujer salió de la casa. Tenía unas gafas de seguridad que protegían todos los flancos de sus ojos. Me estudió sin entusiasmo.

—¿Estás bien? —dijo.

Asentí con la cabeza.

—¿Se puede saber qué buscas acá? —repuso—. Estamos trabajando.

Me debatí un instante qué decir. Eché un vistazo alrededor:

—Perdí a mis beisbolistas —dije.

La mujer caminó hacia mí. Hincó una rodilla sobre la tierra.

—¿Te refieres a unos monigotes de plástico?

Asentí.

Se acercó aún más. Podía oler su aliento y ver el rímel aglomerado en sus pestañas y las venas bifurcándose en sus ojos. Su cuerpo irradiaba un calor amenazante.

—¿Ves ese animal? —dijo y señaló al perro.

—Sí.

—Hace unos días masticó y se tragó todos tus monigotes y casi se muere atragantado. Tuve que llevarlo al veterinario tarde por la noche.

Me agarró del brazo con fuerza y prosiguió:

—No vuelvas a dejar tus juguetes acá, ¿me entiendes?

—Ya no me quedan más —protesté.

La mujer que estaba atrás se acercó a Chavela y le tocó el hombro en un intento por calmarla. Chavela aflojó los dedos. De inmediato aproveché para zafarme de ella. Tenía miedo, pero estaba paralizado y no fui capaz de irme.

Chavela se incorporó.

—Perdóname—dijo y se rascó la frente frenéticamente—. ¿Cómo te llamas?

No respondí.

—¿Vives cerca? —insistió.

Asentí.

Chavela se quedó mirando a la otra mujer. Sacudió la cabeza hacia mí. La mujer se acercó. Dijo: vamos a mostrarte lo que hacemos adentro, ¿quieres? Me tomó de la mano y me dejé conducir por ella dócilmente. Los tres avanzamos hacia el umbral, yo, en particular, domado por un sentimiento que oscilaba entre el miedo y la vergüenza, pero una vez en el interior levanté la vista hacia el techo y se me aflojaron los músculos de la cara. Pendiendo de dos vigas había docenas de marionetas: guardianes, sacerdotes, caballeros, reyes, reinas, arlequines, campesinos, conejos, perros, gatos con cerdosos bigotes miraban a lo lejos en una exquisita alacridad, como a la espera de una mano que les insuflara vida. Al fondo del recinto había otra mujer, que frente a una máquina de coser debía de estar zurciendo los vestidos de las marionetas. Las tres mujeres me estudiaban como divertidas

por mi estupefacción. Escuché que la mujer que me había llevado de la mano hablaba con Chavela. Le decía: señora, deje que se lleve una. Chavela replicó en voz baja. Mencionó encargos pendientes y retrasos. No obstante, al final se situó a mi lado con los brazos cruzados.

—¿Sabes cómo se maneja una marioneta?

Negué con la cabeza.

Chavela recorrió el lugar como examinando qué marioneta darme, y finalmente eligió un marinero. Tenía un brillante vestido de satén y un catalejo en la mano derecha. Lo descolgó y, en frente de mí, manipuló la cruceta de tal forma que el marinero dio sus primeros pasos. Todavía hoy pienso con asombro en el movimiento de sus extremidades, en el olor de la madera recién cortada y de la laca fresca. ¿Cómo decidí llamarlo? ¿Qué conversaciones mantuve con él? ¿De qué manera expliqué su existencia en mi casa? Recuerdo vagamente una larga y tediosa sucesión de ruegos a mis padres. Aunque ponderaron la posibilidad de hacerme devolverla, las disputas entre ellos se agudizaron durante los días que siguieron, de manera que la marioneta pasó gradualmente a un segundo plano. A mi mamá le resultaba un objeto grotesco. A mi papá, creo, le era indiferente. Lo cierto es que nunca llegué a usar la marioneta como un juguete, pues en el fondo estaba convencido de que era algo más que eso. Solía observar al marinero largo tiempo. Exploraba los detalles de sus manos, el

contraste entre la fina delineación de sus facciones y la expresión sardónica de su cara. Cuando lo tenía entre las manos no sabía qué hacer con él. Si bien intenté dirigir la cruceta, tenía escasa paciencia para refinar sus movimientos y, a decir verdad, nunca aprendí a darle un alma. En ciertas ocasiones, cuando lo veía de soslayo en un rincón de mi habitación, me daba la impresión de que su cuerpo desgonzado emitía un reproche. Úsame y no me mates en un sueño. Envíame al mundo. Esta mano mía puede ganar las guerras púnicas. Esta cabeza mía es la descendencia entera de los patriarcas zen, decía el titiritero israelí Dennis Silk en "El teatro de las marionetas", y podría resumir un reclamo que todavía resuena desde mi infancia.

Con el correr del tiempo he admitido que la marioneta me intimidaba. No sabía de qué manera transmitirle parte de mí o crear una historia para él. El recuerdo ha vuelto intermitentemente a lo largo de mi vida. A menudo pienso que fue uno de mis bloqueos creativos más tempranos y profundos, y explica también mi fácil obnubilación por el oficio de los titiriteros. Hace algunos meses, en un hotel de Glasgow, vi de pura casualidad la retransmisión de *El show de magia de Paul Daniels*, un viejo programa que se emitía en la BBC décadas atrás y donde una vez se presentó el titiritero francés Philippe Genty. Su acto narraba la reacción de una marioneta al descubrir que ninguno de sus

movimientos era suyo. La marioneta en cuestión era un arlequín con una máscara de teatro trágico que vagaba de un lado a otro sin saber quién era o qué hacía en el mundo. En determinado momento se topaba con las piernas del titiritero y, levantando la vista, aparecía ante él la verdad oprobiosa: no era libre, ni siquiera estaba vivo. Observaba sus propias extremidades y los hilos que las movían antes de cubrirse la cara con pena. Evidentemente, el corazón del acto estaba en la paradoja que planteaba cómo un objeto inerte adquiría conciencia de que no era más que un simulacro de vida. ¿Cuál es la relación, después de todo, entre la motricidad y el alma? Tomás de Aquino entendía la animación como la cualidad definitiva del alma, y a su vez denominaba al alma como la semilla de todo lo que se mueve. La marioneta de Genty se movía, sí, pero sus movimientos dependían de una potencia externa. Cuando el arlequín decidía que ya no valía la pena vivir aquella vida espuria, comenzaba a arrancarse uno por uno los hilos de sus extremidades. Su cuerpo iba perdiendo movilidad progresivamente y con su último aliento desconectaba su cabeza, lo que significaba, de manera irrevocable, su suicidio. Desde luego, cuestionar la originalidad de la historia de Genty sería un ejercicio ocioso. Y más allá del desenlace patético, lo que en realidad me cautivaba del acto era lo que ocurría sin ninguna grandilocuencia: la individualidad que Genty lograba imbuirle a la

marioneta, su capacidad para comunicarse con ella, para alimentar la ilusión en contra de toda evidencia y artificio. En sus manos, aquel conjunto de coyunturas artificiales vencía la muerte y se transformaba en una eficaz arma del lenguaje. No pocas veces me he preguntado hasta qué punto nos consumen las cosas que hemos hecho con nuestras propias manos; con qué ahínco las insuflamos de sentido.

Debido a mi edad, cuando conocí a Chavela no formulé las preguntas que habría querido hacerle hoy. En los tres años que siguió instalada en frente del edificio la visité regularmente y alcancé a saber algunos datos elementales sobre ella, especialmente porque hablaba con sus dos empleadas mientras trabajaban. La mayoría de los datos que recuerdo, no obstante, han sufrido las transformaciones arbitrarias de la memoria. Sé que era de Medellín. Sé también que el terreno donde estaba el aserradero le pertenecía a su padre y que este lo había alquilado a una maderera que fue a la bancarrota. Su madre, una aragonesa, había sido escultora y le enseñó a trabajar ciertos materiales mientras vivían en un pueblo de España cerca del valle del Ebro. Su inquietud por las marionetas se remontaba a su infancia, cuando algunas compañías francesas cruzaban los Pirineos y se presentaban en las plazas, convocando con su algarabía a los niños del pueblo. No supe con certeza mucho más que eso. El resto de

remembranzas han sido el resultado de ponderaciones de las que es mejor desconfiar. Alguna vez la escuché hablar de un hombre, que he decidido convertir en su marido, y la manera como se refería a él dejaba intuir que había muerto y que lo odiaba. Vi que mandaba sus creaciones en cajas de cartón a direcciones cuyas ciudades ignoraba, y el hecho de que las dos mujeres que la acompañaban hubieran sido, según ella misma me aclaró, la niñera de su único hijo y su respectiva hermana, permitía conjeturar que el oficio de crear marionetas no representaba un medio para subsistir sino una manera de recuperar el eco de una pasión de la juventud. En cuanto a la marioneta que me regaló, la perdí igual que muchas otras cosas en la mudanza de regreso a Cartagena, nueve años más tarde, pero se constituyó en el único recuerdo auténticamente feliz que conservo de Bogotá. Mientras escribo esto en un balcón de Oporto, viendo por la ventana la fuente del Jardim do Marquês, pienso en el elocuente silencio de mi marioneta. Sobre las muñecas de cera de Lotte Pritzel, Rainer Maria Rilke decía que el silencio de ciertos objetos tiene un significado que trasciende el mundo humano, donde el destino y Dios se han vuelto célebres por el mero hecho de no responder jamás.

Margo Glantz
(Ciudad de México, 1930)



Escritora, profesora de la Universidad Nacional de México, profesora visitante en universidades como Harvard, Yale, Berkeley, Princeton, Stanford y miembro de número de la Academia mexicana de la Lengua. Entre sus obras de ficción se cuentan *Las genealogías, Síndrome de naufragios*, *Apariciones*, *El rastro*, *Saña*, *México: el derrumbe*, *Coronada de moscas*, *Yo también me acuerdo*, *Simple perversión oral*, *La cabellera andante*, *Por breve herida*, *Y por mirarlo todo nada veía*; y entre sus ensayos: *Intervención y pretexto*, *La lengua en la mano*, *Esguince de cintura*, *Borrones y borradores*, *La comparación y la hipérbole*, y *La desnudez como naufragio.* Ha sido galardonada con el Premio Nacional en Lingüística y Literatura de México, el Premio Feria Internacional del Libro de Guadalajara (antes Juan Rulfo), el Premio Manuel Rojas y el Premio Alfonso Reyes.

¿Dónde está la vara que ratifica?

1. En la balanza desigual

He ido varias veces a Bogotá y, cosa curiosa, nunca había subido a Monserrate, visita obligada cuando se viene a esta ciudad.

Esta vez fui con unos amigos, Camilo, mi anfitrión, y Daniel, mi amigo y editor chileno; hicimos una larga cola y por fin tomamos el teleférico: me dio un poco de vértigo. Camilo me cuenta que él casi siempre sube a pie. Sólo de pensarlo me sofoco. Desde lo alto, se contempla la gran ciudad, la roja ciudad enladrillada. Una ciudad por donde ahora se ven desparramados varios rascacielos. Los pintan de azul y verde, o los abarrocan, me produce una especie de desazón, contrastan con la sierra, obviamente muy verde, muy frondosa: tranquiliza, pero, me comentan, los árboles son casi todos eucaliptos: atentan contra la biodiversidad. Los altos edificios con sus inútiles adornos me perturban.

Llegamos. Unas escaleras conducen a un templo. Es católico, no sé por qué, la fachada me da la impresión de que se trata de un recinto evangélico. En el altar un Cristo desmiente mi impresión, pero aumenta mi curiosidad: acostado, se incorpora a medias, como con el deseo de resucitar. Una duda semejante me asaltó cuando pasaba frente a un edificio de tipo neoclásico con mis amigos Olga y Gilberto, compañeros de mi hija Renata en la escuela de Restauración y conservación del Instituto Nacional de Antropología en México. Les pregunté si era un templo evangélico, uno de los miles que desde hace tiempo pululan por nuestras ciudades; no, me dijeron, son los antiguos columbarios del Cementerio Central, intervenidos por la artista Beatriz González.

(No, dicen que dijeron también varios millones de evangélicos que participaron junto con otros colombianos en el plebiscito de 2016 a favor o en contra de la paz.

No. No, repito que dijeron a los Acuerdos de Paz. Su voto fue decisivo: "No tengo cifras oficiales, pero si salieron a votar cuatro millones de evangélicos, posiblemente la mitad de ellos rechazó los acuerdos", declaró Edgar Castaño, presidente de la Confederación Evangélica de Colombia. Un voto que aseguran fue de conciencia y no político).

Salimos de la iglesia. Me da sed y bajamos hacia el restorán; enfrente, una pequeña y curiosa escultura

representa a un búho. Desentona. El camino serpentea y en los recodos aparecen conjuntos escultóricos que reproducen la pasión de Cristo, algunos me recuerdan esculturas romanas: Cristo arengando a las masas y vestido como Emperador (Julio César iba siempre acompañado de un esclavo que de tanto en tanto le susurraba al oído: "Recuerda que eres un hombre").

Enfrente de Monserrate, el otro cerro, en lo alto un templo dedicado a la Virgen de Guadalupe, la Patrona de México. Hubiera debido visitarlo.

No lo hice.

2. Un interludio

Al día siguiente fui a desayunar a Paloquemao, el mercado donde compré café, yerbas raras y curativas, bebí jugo de feijoa de gusto amargo y de un raro color verdoso, tomé chocolate, lo acompañé con pan blandito y pan de coco y admiré una vasta cantidad de legumbres, pájaros, tubérculos, frutas y flores de los que no hay en mi país. En la mesa donde nos acomodamos estaban tres personas más. Una mujer joven se levantó de repente, me abrazó y me dijo: "Leí su novela *El rastro* hace años para mi curso de literatura latinoamericana. Me emociona verla aquí, sentada junto a mi madre y mi esposo compartiendo el desayuno en la misma mesa".

A mí me emocionó quizá más.

En Paloquemao había uchuvas (descritas como fruta exótica con propiedades terapéuticas), gulupas (rugosa cáscara amoratada, parienta del maracuyá), lulos (leo: fruta rica en calcio, potasio, magnesio y para mí de extraño y agrio sabor), borojós (los del nombre rimbombante como las curubas), granadillas, tomates de árbol, nombres todos que se pronuncian a ritmo de vallenato o chuchumbé, como los que vi bailar en Cartagena de Indias, en otras de mis visitas a Colombia.

3. Sólo nos quedan los muros

Otro alto en el camino: ahora la instalación que hizo Doris Salcedo en un edificio abandonado de la ciudad, recinto con espacios verdes y muros de adobe a medias derruidos, cerca del Palacio de Nariño, el palacio presidencial; una puerta colonial sirve de entrada. La exposición se intitula “Fragmentos”. En las habitaciones, las paredes desnudas y un suelo en apariencia terso, casi común y corriente como todos los pisos, pero al caminar se siente como si se caminase de pronto sobre arrugas, una sensación extraña, ¿por qué arrugas, me pregunto? No lo sé, quizá más bien heridas o cicatrices de las heridas.

Un suelo forjado con las treinta y siete toneladas de las armas entregadas por las FARC, armas fundidas a fuego lento, casi de crematorio; armas martilladas tenaz y ferozmente por veinte mujeres que fueron torturadas y violadas en las distintas regiones asoladas del país durante los muchos años que ya dura la guerra civil. Mujeres que al golpear con sus martillos la masa de hierro fundido lograron transformarla en una lámina de acero que serviría para tapizar los suelos de un museo, al tiempo que, al hacerlo, descargaban su ira y su vergüenza sobre ese material.

Treinta y siete, 37, toneladas de armas fundidas y martilladas sobre las cuales camino.

"Jesucristo es el único que puede traer la paz que tanto anhelamos", fue la frase que escribió en su cuenta de Facebook el futbolista evangélico Daniel Torres el 28 de septiembre de 2016, mensaje que se hizo viral. El 2 de octubre, fecha emblemática también en México desde 1968, cuando fueron asesinados miles de estudiantes universitarios en Tlaltelolco. Sí, el 2 de octubre a las cinco de la tarde de ese mismo año, Colombia rechazó en el plebiscito los Acuerdos de Paz negociados durante cuatro años con la guerrilla de las FARC en La Habana.

"Un suelo para construir una nueva Colombia y pisotear ese armamento. Soy consciente de esa doble lectura y la busco", explica Salcedo. Armas entregadas después de un largo proceso para conseguir la paz. ¿Se

ha logrado la paz? ¿Se ha conseguido dirimir un conflicto que ya ha durado, dicen, más de siete décadas?

"La sociedad colombiana prestó atención a las farc mientras combatían", continúa diciendo Salcedo. "Pero desde que entregaron las armas, los maltratan y les incumplen los acuerdos. Me avergüenza ver cómo los políticos permiten eso".

4. A los que esperan

Auras anónimas se titula una intervención de la artista Beatriz González. Escenas grabadas sobre el mármol de los nichos de los que alguna vez fueran los columbarios del Cementerio Central de Bogotá, o Cementerio de los Pobres, nichos despojados de sus huesos y destinados a ser derruidos.

Indago, busco, encuentro. Encuentro que en 2003 hubo un proyecto de erradicación de plantíos de coca en Villahermosa, un municipio del departamento del Meta en Colombia, proyecto que habría de realizarse mediante el trabajo comunitario de campesinos y excombatientes que decidieron abandonar la lucha armada y reinsertarse a la vida civil. Sólo hubo unos cuantos sobrevivientes. El resto fue aniquilado por la guerrilla. Entre los pocos que no murieron, algunos se arriesgaron a recoger los restos de los caídos y los

trasladaron de la misma manera en que en otras épocas se trasladaban de una comarca a otra del país los enseres de labranza y los animales domésticos. En las nueve mil lápidas intervenidas por González se repiten ocho escenas con ligeras variantes, dos hombres llevan un bulto, tomando cada uno los extremos del sudario o suspendiéndolo sobre una vara que colocan sobre los hombros, como en algunas de las fotos de Jesús Abad Colorado donde aparecen campesinos desplazados transportando sus animales o las escasas pertenencias que pudieron salvar de la contienda.

Curiosa o macabra repetición: restos contra restos: los restos de los muertos de los pobres enterrados en el Cementerio Central, desterrados de sus tumbas, dieron lugar a una inacabable serie de imágenes que intentan preservar la memoria: "Que sean tantos tiene una intención, explica González, en este país hay que repetir las cosas mil veces, pero con ojos de presente y no de pasado".

5. Servicios hospitalarios

Alguien me dice una noche: "Si quieres conocer Bogotá, tienes que visitar el Hospital San Juan de Dios". Cumplo con el pedido.

Este hospital fue fundado en el siglo xviii, pero ya prestaba servicios de salud desde 1564. Fue clausurado

en 2004 por conflictos laborales, problemas de presupuesto y quizá por desavenencias políticas. Me suena familiar este procedimiento que consiste en destruir instituciones centenarias y de primera importancia para las comunidades por intereses ajenos a ellas.

Actualmente se encuentran casi en ruinas la mayoría de los edificios en los que se albergaban las distintas especialidades médicas. Ciertas construcciones se están rehabilitando, nuestro guía nos explica que el costo de la reconstrucción será compensado cuando los recintos sean de nuevo habitados, rentados o comprados, estén al servicio de los enfermos y puedan seguir operando los laboratorios de investigación. Recorremos los edificios a medias restaurados, entramos a los que siguen en servicio de forma habitual como si nunca se hubiese detenido el movimiento, rozamos luego otros todavía en ruinas y verifico cómo en el espacio de unos cuantos años se produce el deterioro, la desolación, el abandono.

Policías deambulan por los terrenos baldíos con sus perros.

Lejos, se advierte un campo deportivo, un terreno con alta maleza no devastada, quizá allí aún se juegue fútbol.

Más lejos, tendederos con ropa.

Muy pronto quizá recobrará su antiguo esplendor para convertirse otra vez en una red hospitalaria, ahora

dirigida por la Universidad Nacional de Colombia y administrada por la Secretaría de Salud, proyecto iniciado en 2014 por el exalcalde la ciudad, Gustavo Petro.

Entramos a la iglesia. Me persiguen de nuevo los fantasmas, su aspecto vuelve a recordarme esos templos evangélicos que, insisto, aparecen de repente y cada vez más seguido en las calles de nuestras ciudades como nacidos por generación espontánea.

6. Y Dios está de luto

Cerca del templo barroco de San Agustín, en el claustro de ese antiguo convento bogotano, la extraordinaria exposición de alrededor de 520 fotografías de Jesús Abad Colorado, intitulada "El testigo". Documenta más de veinte años de violencia que han producido ocho millones de víctimas y ochocientos mil desaparecidos: simple estadística cuando se describe así, me recuerda los campos de exterminio nazi y la industrialización de la muerte, la producción de cenizas, impresión agigantada cuando veo una fotografía que muestra a mitad de un claro de la selva un horno crematorio donde se incineraba a los cadáveres de los ajusticiados. Me viene de pronto a la cabeza esa palabra, ajusticiados. ¿Justicia de qué? ¿Acaso tantas muertes pueden achacarse a la justicia? El máximo del refinamiento, construir un horno

para deshacerse de los cadáveres, los cadáveres como desechos de una larga historia ominosa. Me detengo, pienso en las innumerables fosas clandestinas que se van descubriendo a lo largo del territorio mexicano, pienso en los miles de cadáveres que los sicarios de los cárteles de la droga han disuelto en ácido también en México y siento una extraña y siniestra hermandad. En uno de los muros leo que campesinos acusados de ser guerrilleros fueron torturados, desmembrados y luego incinerados para no dejar ningún vestigio, sólo, entre los árboles y la maleza, el horno, el único testigo.

En el nordeste de Antioquia, un grupo armado dinamitó un oleoducto e incendió el río, parte del bosque, del pueblo…

Veo las llamas.

Camino un poco más y me detengo ante el retrato de un niño como de cinco años, de ojos muy vivos y camiseta agujerada ("y sólo quedó una red de agujeros", se lee o se canta en un texto náhuatl escrito después de la conquista de Tenochtitlán), más lejos, abandonada, entre despojos, una niñita de tres años con medio torso desnudo nos mira con asombrosa vitalidad, un padre con un bebé muerto en los brazos, múltiples campesinos cargando ataúdes y letreros contra la guerra; de repente un perro echado ostenta en su pelaje una inscripción con las letras AUC que, me explican, son las iniciales de quienes pertenecían a las autodefensas,

grupo de paramilitares, quienes junto con otros grupos han devastado sistemáticamente regiones enteras de Colombia. Me detengo: es un *close up* de una cartuchera sobre un torso de un personaje desconocido, otra foto con un soldado o sicario o paramilitar o autodefensa o guerrillero que lleva atravesada en el pecho la cartuchera y entre los cartuchos una imagen del crucificado como amuleto contra las balas, en la de más allá se retratan los cartuchos simplemente: uno de los libros más emblemáticos que nos habla de la revolución mexicana se llama *Cartucho*, es de Nellie Campobello. Un niño soldado cargado de fusiles ríe extasiado, al lado una anciana negra, estatuaria: es del Chocó, una región de enorme vitalidad, donde a pesar de la violencia, el despojo y el deteriorio, sus habitantes, extraordinarios artesanos, fabrican las más bellas y elaboradas artesanías del país: las naves ancestrales de los muertos y las cestas en palma de güérregue que se usan para almacenar el agua.

"No tenemos ojos ni corazón ni conciencia para mirarnos en el espejo roto de la guerra", reza un letrero pintado en la pared. Otro cuenta simplemente: "Cuando llegamos a Nueva Venecia, la gente nos dijo: ¿Catorce pescadores? Son treinta y nueve los muertos. Allí estaba toda la sangre y la ropa afuera de la iglesia. El resto de los asesinados fueron encontrados a lo largo de la ciénaga. Habían pasado dos días después de la matanza".

Las provincias de Antioquia, Chocó, Boyacá, La Guajira, Magdalena…

Pienso de nuevo en Vietnam, en los campos de exterminio, en las aldeas devastadas, en una sala escolar destruida de la que sólo queda un pupitre abandonado, en muchos desplazados caminando con sus pertenencias, un cochino o un refrigerador sobre los hombros; una procesión que avanza cargando ataúdes en medio de la nada; botas, lechos, tinas, viudas, huérfanos; gente que coloca entre dos palos una cuerda de la que cuelgan unas gallinas o unos chivos como en la intervención de Beatriz González en los columbarios, luego, un hombre frente a un ataúd a la intemperie que sirve de mesa; filas de canoas con gente, comida, objetos y animales navegando por el río Magdalena, casi un mar; mujeres de rostros escuetos, cargando niños.

Y los nn, los No Nombre, los desaparecidos, asesinados, carecen de cuerpo y de nombre.

En los terrenos "recuperados", el monocultivo como amenaza a la biodiversidad: la coca, el glifosato, la palma y ¡Monsanto!

Betina González
(Villa Ballester, 1972)



Enseña literatura y escritura en la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y en la Universidad de Nueva York en Buenos Aires. Publicó las novelas *Arte menor* (Premio Clarín 2006), *Las poseídas* (Premio Tusquets 2012) y *América alucinada*, además de las colecciones de cuentos *Juegos de playa* y *El amor es una catástrofe natural.*

El chocolate más caro del mundo y yo

Dentro de cuatro días voy a entrar en la tristeza, pero como todavía no lo sé, sigo retocando mi maquillaje en el espejo. Me gustan los hoteles. Hago en ellos todo lo que no hago en casa: plancho las camisas que se arrugaron en el bolso, uso la gorra de baño, me pruebo cremas que huelen horrible y no humectan nada. Si hay piscina, sauna o *fitness center*, no me voy sin probarlos. En el Bicentenario de Bogotá no hay. No importa. Con las notas de prensa y las visitas que me armó Idartes, apenas si tendré tiempo de comer y dormir. Como eso tampoco lo sé todavía, derrocho más de veinte minutos en tapar mis ojeras con corrector y en cumplir con la obligación de ser joven y agradable a los cuarenta y siete años.

Entrar en un cuarto de hotel es un permiso para ser otra. En la habitación que albergó mil sueños antes que el mío, hay licencia para todo, incluso para dar rienda suelta a la tilinga que soy e intentar la belleza

tal como imagino que lo hacen a diario otras mujeres, las espléndidas.

Durante los años de mi adolescencia imaginaba que ser escritora te eximía de la obligación de la belleza. Cuando descubrí que esa también era una trampa patriarcal, me rebelé, leí todas las *Glamour* que cayeron en mis manos, me esforcé por desmentir el estereotipo. Hay rebeliones que se transforman en aliadas del patriarcado, que siempre tiene formas de regenerarse y hacerte pisar el palito: ya no se puede ser la fea inteligente, ni la reclusa del ático. No basta con escribir novelas. Ni siquiera importa escribir una buena. Hay que ser linda, brillante, simpática, capaz de salir en tele y de generar seguidores en las redes, de citar a Borges y a Judith Butler —si es posible en la misma frase en la que se opina de política exterior y "del destino de Latinoamérica"—. Si además de todo eso, se tiene hijos, mejor, así no hay sospecha de resentimiento ni nexos adversativos que adviertan que los cinco libros que una publicó están en lugar de los niños, es más, seguro que sólo han ocurrido gracias a su ausencia: así cualquiera.

"¿Cómo hacés para que te inviten a todas partes?", me preguntó hace unos días una chica que acababa de publicar su primera novela. Ir a Bogotá a escribir una crónica sobre la ciudad se le ocurría el *summum* de lo *cool* ("cool", otro día escribiré sobre ese fantasma que, al menos, también afecta a los varones). Vuelta a la chica:

supongo que esperaba que yo le diera tips, contactos, modos de viajar gratis gracias a la escritura. No tengo nada de eso así que le contesté algo razonable: que para mí es un trabajo, no un viaje de placer. Cuando digo trabajo digo rentado y digo esfuerzo. Por lo demás, no sé por qué me pasan las cosas que me pasan ni por qué me convocan para este tipo de tareas (de hecho, siempre sospecho que me invitan porque otra canceló a último momento). No tengo consejos para dar. En cambio, tengo una advertencia, una que ahora en esta habitación de hotel repito para mí misma: nunca es *sólo* un trabajo, querida.

Hace frío en Bogotá, en el hotel no hay calefacción, me pasé la noche vomitando por el mal de altura, no dormí más que unas tres horas envuelta en dos cobertores, vestida con medias, calzas y el único suéter que traje. Me duele la cabeza, me muero por un café y quisiera con todo mi cuerpo ser otra. O por lo menos, ser la adolescente que fui: la chica que no concebía felicidad que no tuviera que ver con un libro y se reía de sus compañeras esclavizadas por el bronceado, las dietas, los tintes, las permanentes y los novios de ocasión. Cuánto más libre era esa que no había logrado nada. El fracaso era su fortaleza. Y a los dieciséis ya la había hecho inexpugnable.

Pero como me he ganado algunos premios literarios, ya aprendí que no está permitido quejarse del éxito, así que: *show time*. Doy por terminado mi maquillaje.

Levanto la cortina *blackout* y miro por la ventana. Llueve en Bogotá. No un aguacero divertido de esos para ir saltando charquitos y reírse con las amigas. Llueve con todo. Miro en el teléfono la agenda que me mandaron: por suerte hoy sólo hay una lectura en lo que supongo que es una biblioteca de barrio (dice "Punto de lectura"). Me gustan esas actividades, son la mejor parte de estos tours, hallar lectores, corazones que todavía memorizan las frases que los han trastornado, ideas, pasajes de sus libros favoritos.

Toca vestirme rápido. Me duele la panza. Me pruebo un pantalón detrás de otro pero no hay caso: parece que le hubiera robado la valija a una mujer al menos seis kilos más flaca. Me decido por medias y pollera. Otro error (ya me enteraré en breve). Ahora no puedo seguir pensando en mi vestuario porque suena el teléfono. Lo había olvidado: en la agenda figuraba una entrevista radial a las 7.30 a. m. En vivo. Me lo recuerda el productor, que rápidamente me deja "al aire".

Escucho unos segundos al periodista que está terminando de opinar sobre una noticia en la que no me puedo concentrar. Luego de una minipresentación en la que dice que escribo libros y soy argentina, me pregunta qué es lo que más me gusta de Bogotá.

—No sé, llegué anoche —contesto, tratando de ganar tiempo y de controlar la puntada que me da intermitentemente, como un latido, en la cabeza.

Estuve dos veces antes en Bogotá, este mismo año para la FILBo y en 2016, visitando a una amiga antes de partir para la isla de Providencia. Trato de recordar lo que vi entonces, de pensar en algo qué decir, pero esto es lo único que pesca mi cerebro atontado por los 2600 metros sobre el nivel del mar: Bogotá es sucia, el aire siempre es insuficiente, una se cansa. El Transmilenio parece un organismo moribundo y maligno que la atraviesa como una cicatriz, debajo de sus plataformas vive gente, los he visto salir de noche. Sé que se les dice "habitantes de calle". Casi siempre son hombres barbudos, sin dientes, andrajosos, fuera del mundo, prendidos al bazuco.

No, no puedo decir eso.

Hablo de la FILBo, de la cantidad impresionante de lectores jóvenes que vi, del entusiasmo del público en las charlas, de mi amor por la comida colombiana y por las plazas de mercado —mis lugares favoritos, donde la vida y la muerte son exhibidas sin dramas—. No alcanza. El periodista insiste. Mi cerebro sigue recalculando, atontado. La Macarena, ahí sí que se respira aire puro, aunque venga pegado a la gentrificación que ya va llegando al barrio vecino, La Perseverancia. En ese linde vive mi amiga. Pienso en ella y ella es toda Colombia para mí: la comida deliciosa que prepara, esa curiosa mezcla de estoicismo y desborde emocional que la caracteriza, su casa prolija y llena de luz, abierta a cualquiera que la

necesite. Pero mi amiga nació en el Valle del Cauca y se mudó a Bogotá al terminar el secundario. No tiene nada que ver con esta ciudad melancólica, así que tampoco puedo decir nada de eso.

Pruebo entonces con el lugar común. Hago un chiste sobre los trancones. No es que me importen demasiado pero es una de las pocas estadísticas que leí antes de venir: Bogotá es la número uno en la lista de las ciudades con peor tránsito del mundo.

Al periodista no le hace gracia. Me pregunta cómo es el tránsito en Buenos Aires. Pasamos varios segundos enredados en el absurdo de discutir el trazado de ambas ciudades. Termino hablando de las ventajas de vivir en una ciudad plana. Cuelgo. Me siento una idiota. Me duele la cabeza y tengo la panza revuelta. Me avisan por WhatsApp que ya llega mi guía a buscarme. Apenas tengo tiempo de tomar un café e intentar no vomitarlo en el camino.

**

Dos días después, Rayo Beat y yo estamos en la sala de espera de un canal de TV. Para llegar hasta ahí viajamos dos horas en coche y pasamos innumerables controles de seguridad. Otra constante en Bogotá: cámaras y oficiales de vigilancia en cada edificio.

Rayo Beat ha sido mi salvación en estos días. Es un chico rubio, luminoso como el nombre que ha

elegido para su música; compone e interpreta canciones, en especial cumbia y reggaeton con letras antipatriarcales, tratando de devolverles algo de dignidad a esos ritmos. Con otros nombres da charlas sobre masculinidades alternativas y formas de prevención de enfermedades sexuales, escribe poesía, cría gatos, trabaja como guía de escritores para Bogotá Contada. Me gusta Rayo. Termina muchas de sus frases con "qué buena cosa". No se altera por nada, ni siquiera por mis rabietas. Igual que Fernando Pessoa, ha decidido ser plural.

Hace media hora que esperamos a que me entrevisten en vivo para *Flash Fashion*. Si el nombre del programa ya me parecía inquietante, peor es su presentación en la web: "La moda y su impacto en la sociedad, los diseñadores y eventos más destacados, las nuevas tendencias y la crítica mordaz al mundo de las pasarelas, así como también personajes que se destacan por imponer nuevos estilos de vida". ¿Creerán los productores que soy uno de esos personajes? ¿Por qué el jefe de prensa agendó esta nota? Y, sobre todo, ¿cómo habrán logrado convencer a los conductores de que entrevisten a alguien que, si pudiera, viviría en pijama, encerrada en su casa y con tapones en los oídos para bloquear los ruidos del mundo?

Todo es blanco en la sala de espera. Los asientos, las paredes, el piso. Hay una pantalla enorme sin sonido en la que se pueden ver las imágenes del canal en

el que estamos. Rayo y yo nos sentamos enfrentados. Hay un joven con una guitarra al hombro esperando su turno. Lo acompaña su novia. Parecen contentos de salir en tele. En eso, pasa muy apurada una chica con una pollera tableada color esmeralda brillante. Parece un hada. Llaman a la pareja, que entra al estudio.

—Qué bonita falda —comenta Rayo una vez que el hada desaparece por otra puerta.

—Sí, lástima que hay que ser muy flaca para ponérsela.

Mi réplica no se refiere tanto a la chica como a mí misma. Otra trampa de época: "Serás autorreferencial o no serás nada".

—Caray, yo pensé que una falda la podía usar cualquiera.

Esto Rayo me lo dice con su mejor cara de *millennial* inocente, sin ánimo de sermonear, pero igual acepto la lección y me río. "¿Será que en Colombia hay menos presiones para que nuestros cuerpos sean perfectos?", pienso. En seguida descarto la idea porque llega la productora del programa a buscarnos, y tanto ella como los dos conductores son perfectos: altos, delgados, con kilos de maquillaje y décadas de gimnasio. Están entrenados para hablar y sonreír sin mover ningún músculo de la cara. La productora nos hace señal de silencio y nos quedamos parados en un rincón del estudio escuchando a los dos conductores —un hombre y una mujer que

podrían encarnar fácilmente a Barbie y a Ken— finalicen un bloque sobre "el chocolate más caro del mundo". Después vengo yo, con mi libro. Subo a la tarima durante los comerciales. Me sientan en un taburete entre ellos dos, apenas queda tiempo para saludarnos y ya volvemos al aire.

Hago lo que puedo y lo que puedo es vergonzante. Me río con ellos de sus chistes fáciles (¿el amor es siempre una catástrofe?), contesto con lo mínimo posible, compruebo que aún siete años después todavía soy presentada como "la primera mujer en ganar el Premio Tusquets", una estadística que la prensa sigue usando como si evidenciara una proeza inconcebible, como si yo fuera el equivalente a la primera astronauta que pisó Marte, hazaña jamás repetida o repetible, que parece implicar un reinado único, que otras mujeres no alcanzarán tan fácilmente (a las escritoras se nos corona; a los escritores se los entrevista). Otra de las trampas de las que no queda bien quejarse, al contrario: se supone que hay que agradecer que se le recuerde al público el valor agregado que implica tener una vagina si una se dedica a escribir libros.

Bajo de la tarima desolada. Rayo intenta consolarme diciendo que el programa tiene muchísima audiencia. Lo miro todavía más horrorizada. Se ríe. A la vuelta le pedimos al chofer que nos deje lejos del hotel, sobre la Séptima, para caminar un rato. Rayo y yo paseamos entre los vendedores de fruta y baratijas. Entramos al

Only en medio de un aguacero y nos compramos ropa interior de algodón, camisetas, soquetes. Le muestro videos de Gilda. Charlamos de música y de poesía. De padres crueles. Cuando se hace más tarde, Rayo me lleva al bar de Doña Ceci. Tomamos tequila. Soy feliz por primera vez desde que llegué, aunque estoy tan cansada y mareada como el primer día, el día del evento en el Punto de Lectura del barrio de Rosales, el día de la primera de mis rabietas, cuando descubrí que el evento no era en una biblioteca sino en un parque. Llovía mucho, seguía mareada, iba de minifalda, tenía frío y, cuando llegamos a la plaza, la promotora que, según mi agenda, iba a "conversar" conmigo frente al público no estaba informada del evento. Tuve que sentarme frente a un grupo de desconocidos y desplegar mi biografía, mis razones, mi miedo más antiguo como si fuera una vendedora ambulante. Lo hice. Sobreviví. Es más: fue mejor de lo que esperaba. Había unos pocos vecinos que se acercaron con sus paraguas y sus botas de goma; eran lectores de Emma Reyes, de Rulfo, de Cortázar. Entre ellos, Gloria. Una mujer que se dio cuenta de mi estado lamentable y nos invitó a todos a comer a Las Margaritas. Nunca un ajiaco me pareció tan delicioso. Tenía el sabor del consuelo, de los extraños que tienden su mano.

Gloria es periodista. Colabora de vez en cuando con *El Espectador.* Durante ese almuerzo le pregunté qué lugares de Bogotá debía visitar. Sin dudarlo, respondió.

—Ciudad Bolívar. Esa gente está fuera de todo. Esa gente está solo dentro de su tristeza.

Así que a la vuelta les pedí a los organizadores que modificaran la agenda para hacer esa visita. La noche anterior, Rayo y yo nos tomamos esos tequilas y él me confesó que tampoco había ido nunca a esa parte de la ciudad. Hablamos de lo que no se habla. De lo que no se escribe. Y al día siguiente nos subimos al TransMiCable rumbo a Ciudad Bolívar y oímos la historia de generaciones y generaciones de desplazados por el conflicto armado en sólo cuatro frases que intercambia una familia que comparte con nosotros el carrito y se entretiene sacando selfies y fotos de las casas allá abajo, de sus techos pintados con graffitis para quien mira desde arriba, como Dios.

Un día más y visitaré el barrio de La Perseverancia, hablaré con tres muchachos que fundaron el colectivo Cero Reincidencia, veré cómo algunos vecinos —e incluso la madre de uno de ellos— los desprecian, les niegan el derecho a ser otros (también cómo algunos otros y sus maestros los apoyan para que “dejen de valer verga”, tal como dice una pintada el barrio); esos chicos me mostrarán su barrio, conoceré la chichería de doña Teresa, entraré, como dijo Gloria, de lleno en la tristeza.

Esa noche, desde Buenos Aires, mi pareja me dirá con toda la autoridad que dan la intimidad y la ironía:

—En Buenos Aires ni loca irías a esos barrios.

Y tiene razón. Así que ahora, ya de vuelta de esos lugares, decido que no escribiré sobre ellos. Me niego a ser un buitre cultural, una usurpadora. Así que les ofrezco lo único que puedo: el contrato cumplido, el yo más o menos expuesto para consumo *trash*.

Mi problema, como siempre, es la honestidad. Decir la verdad, ser auténtica, no transformarme en un personaje de mí misma: esas trampas. Pero después me acuerdo de que yo no prometí honestidad. Prometí otras cosas. Ir a todas las entrevistas de prensa y a todos los eventos. Permitir que se destaque mi condición de mujer antes que la de novelista. Ser joven, simpática y complaciente sin importar mi edad, mi estado de salud o mi ánimo. Incluso (oh, Fernando, oh Clarice) prometí escribir un texto de doce mil caracteres sobre una ciudad entera.

La tristeza, por supuesto, es toda mía. Escribo sobre ella, sobre este raro momento del mundo en el que ser escritora es todo esto.

Carlos Granés
(Bogotá, 1975)



Es doctor en Antropología Social por la Universidad Complutense de Madrid. Como ensayista, es autor de *La revancha de la imaginación*, *El puño invisible. Arte Revolución y un siglo de cambios culturales*, *La invención del paraíso. El Living Theatre y el arte de la osadía* y *Salvajes de una nueva época. Cultura, capitalismo y política*. Recopiló los ensayos que Mario Vargas Llosa ha escrito sobre cultura y política latinoamericana en *Sables y utopías. Visiones de América Latina*, y aquellos sobre bibliotecas, educación y lectura en *Elogio de la educación*. Ha publicado sus ensayos en *Letras Libres*, *Arcadia*, *Sibila*, *Unidiversidad* y *El Malpensante*. Ha sido reconocido con el Premio Extraordinario de doctorado, el Premio Internacional de Ensayo Isabel Polanco y el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Voltaje

Dejé Bogotá cuando más quería a Bogotá.

La quise de niño, claro, pero eso no cuenta. La niñez es una burbuja, casi un ecosistema protegido en el que la realidad no entra. Y si lo hace, y si se atreve, la imaginación la doblega y la domestica. Nada es lo que es, todo es lo que el niño quiere que sea. Tiranía benévola. Omnipotencia del deseo que acompaña para siempre y cuyo recuerdo, y cuyo rastro, se incrusta en la memoria. En las sensaciones del cuerpo. En su potencia esperada o idealizada. Ahí está el origen de la tragedia humana: perder ese don infantil sin olvidarlo. Recordar que alguna vez la realidad fue greda, que concedió cada uno de los deseos. Los poetas más lúcidos, surrealistas y dadaístas, quisieron llevarnos de regreso. Maestros de lo maravilloso, lograron infantilizar al adulto, mas no restaurar el genio feraz del niño. A mi niñez no podré volver, ahora lo sé. Pero a La Soledad sí, a su escenario sí.

Fui niño en La Soledad. Allí nací. Allí vivió luego mi papá hasta su muerte. Allá aún vive una tía y desde hace unos años, allá ha vuelto a vivir mi hermano. En cuanto pueda, también mi mamá vivirá en La Soledad. A ella la idea le gusta menos. Nació en La Soledad, creció en La Soledad, se casó y fue mamá en La Soledad, y por lo mismo su mayor deseo en la vida fue irse de La Soledad. Volver, de vieja, le parece un fracaso. Yo le digo que el mejor barrio de Bogotá es La Soledad. "¿Por qué?", me pregunta. "Porque es normal", le digo. Toda Bogotá es estrambótica menos La Soledad.

Los extremos ahora me indigestan. La opulencia de unos barrios y la pobreza de los otros. Que en unos no aletee una mosca y que en otros sólo haya megáfonos. Odio los que están blindados con acero brillante y pulido; detesto los que brillan por los trozos de botella sembrados en las tapias. En La Soledad el ruido de fondo es una máquina de coser. Desde la ventana de mi cuarto, en la carrera 21, veía a alguien coser. Es mi recuerdo infantil. Mejor: mi ritmo infantil. En cualquier lugar del mundo, si me asomo por una ventana hacia un calle verde y apacible, alcanzo a intuir ese ruido de fondo.

"En La Soledad", le digo a mi mamá, "se puede ver la montaña, recorrer un parque, entrar a un café o a un teatro, y todo eso caminando, y todo eso en una misma tarde". Es un plan tibio, lo sé. Supongo que por

eso, cuando vuelvo a Bogotá, casi no voy a La Soledad. Porque vuelvo a Bogotá a ver a mi familia y a mis amigos, sí, pero sobre todo a buscarme a mí mismo. A la persona de veinticuatro años que se fue cuando más quería a Bogotá. Vuelvo en busca de quien existió en Bogotá en los noventa. Busco al que dejó de existir a medida que se instalaba en Madrid. ¿Qué queda de las personas que fuimos? ¿Un destino convertido en arena? ¿Un pasadizo secreto que nunca nadie encontró? Volver no es retomar, desde luego, es fantasear con retomar. ¿A qué regresar, si no? Nadie vuelve a que lo vean como un desconocido. Se vuelve para recuperar el apodo de juventud, el brío de los veinte; se vuelve con la fantasía de ser quien se marchó. Igual. En el mismo punto. Anulando veinte años con diez horas de avión. Se vuelve para ser uno mismo y otro. El que soy y el que fui. Los dos a la vez.

En esa época, 1999, no soportaba la normalidad ni la tibieza de La Soledad. Como Mayakovsky, creía que había que darse la vuelta como un guante y ser todo labios. Llevar actividades contradictorias e incompatibles hasta la audacia del extremo. Aparcar la moderación en el ojo de una aguja. Roer los pilares del tedio. Dalí, aquel payaso lúcido, trapecista del extremo, decía que durante el día había que frecuentar a la realeza y en la noche a los anarquistas que intentaban destronarla. Mi vida en Bogotá fue algo así. Medianoche o mediodía.

El resto, trámites y fotocopias quemadas. Para ir de un lado a otro de mí mismo debía trenzar un cable. Abajo esperaban las estacas del ego.

Con once, con doce años, cuando ya no vivía en La Soledad sino en la Autopista con 85, les tenía pánico a los indigentes. Ellos eran la realidad que ya no pude domesticar. Frecuentaban, color asfalto, las calles donde empezaba a ganar autonomía. Espectros de una Bogotá desconocida. Tal vez la real, la más real. La tragedia con las puertas abiertas. Dolor hecho carne. Carne miseria, miseria locura, locura dolor, dolor carne. Una indigente me dijo una noche que estaba toda loca porque se había fumado cinco sustos. En realidad dijo: "shinco shushstos". Después me di cuenta de que no era la única. La noche bogotana era un susto que uno se fumaba de nueve de la noche a tres de la mañana. Todo labios, todo encías. No había necesidad de bazuco para estar todo loco. Bogotá, de noche, ponía todo loco a todo el mundo. Con el tiempo, mucho más tiempo, intuí otra cosa: la historia de Colombia también era un susto de doscientos años.

Aquellas noches eran desvanecimientos. Allá íbamos, a Vértigo Campo Elías, un bar que hacía un curioso homenaje al loco que asesinó a veintinueve personas en el restaurante Pozzetto. Antes había matado y quemado a su propia madre. La resurrección de una pesadilla, pero con rock y chaquetas de cuero. Quedaba sobre la carrera 13, por la 34. Una callecita

fea, hecha a las patadas. Y allá peregrinábamos. Por la música, sí, pero sobre todo por ganas de ver mundo. En realidad, de oírlo. El mundo, en Bogotá, no llegaba a los grandes escenarios, sino a los pequeños antros. Paradoja de la sustitución de importaciones. Sentados en un andén roto de una esquina rota, pintábamos un fresco cosmopolita.

No conquistamos nada. Menos aún la noche bogotana, del todo inconquistable. Tampoco logramos nada: en los noventa se acababan las metas. La euforia se consumía en la euforia. Nadie imaginó que esa fuerza pudiera tener algún propósito. Nadie nos lo dijo, y de todas formas no hubiéramos escuchado. Estábamos inventando nuestra propia forma de ser jóvenes. ¿Hay acaso algo más importante? Perder el terror de ser. Reemplazarlo por la soberbia de quien vive lo que nunca nadie antes vivió. O eso cree, o eso dice, mientras hace girar el mundo en la punta de su dedo. Autosatisfechos, sin ningún error, sin ningún logro, pura promesa. Fuimos una élite que reinó en las grietas.

Nuestra rebelión fue contra el encierro. Contra el susto. Ni los militares tomándose palacios. Ni la CIA. Ni las estructuras económicas. Ni la dependencia ni la opresión. Ni el imperialismo ni el sistema ni los vicios de la burguesía. Esos eran fantasmas de los viejos, las caries en la dentadura moral latinoamericana que hacían crujir las mandíbulas de mi papá. A nosotros nos

tocaron otros monstruos, más reales. Criaturas impensadas, pero palpables. Porque no fue el muro de Berlín cayendo, ni la historia tísica muriendo. Fueron los quinientos, los doscientos, los cien, los cincuenta kilos de dinamita reventando las ventanas, retorciendo el hierro, aplastando a Bogotá como si fuera una maqueta mal fraguada. No hay ideología que soporte aquel voltaje. No hay mal abstracto que venza el ardor de ese rugido.

Los poetas latinoamericanos de los años veinte se rebelaron contra "la monotonía de las almas en paz", como decía Cardoza y Aragón. A nosotros nos tocó todo menos paz, todo menos almas. Nuestra rebelión fue la vida. Contra el terror bailamos, contra la ciudad trampa subimos la montaña, bajamos la Caracas. Los poetas de los veinte se subieron a los vehículos más veloces, las ideologías, y casi alcanzan a la Historia. Ahí esperaban sentir el estallido de la vida. En lo nuevo, en lo dinámico, en lo feroz. En los colmillos que desgarraban tiempo y creaban mundo. Nosotros nos subimos a mansos carros abollados, tostadoras lentas sobre cauchos, para cruzar fronteras de miedo. Ya no había ningún otro lugar a donde ir. Se habían acabado las coyunturas, las fechas, los momentos, las situaciones. Quedaban Bogotá y el aguacero. Sus esquinas y callejuelas. Y así mejor, mucho mejor. Dando vueltas en un rompoy, estiramos el pescuezo. Picamos de la vida. La Historia siguió de largo, envileciendo a todo el que quiso llevársela a la cama.

Después de esas noches, madrugaba a jugar squash. El viento helado: Bogotá bostezando. De Vértigo Campo Elías a las canchas de La Montaña, mis placeres contradictorios. La gravedad y el absurdo. Sólo el placer podía espolear esos saltos mortales. Y el squash siempre fue eso, una forma cierta de placer. Un instante ausente, sin tiempo ni espacio, la posibilidad después del límite. Más: la endorfina que iluminaba la orilla opuesta, que liberaba de uno mismo. El placer amasando el propio cuerpo, moldeándolo, multiplicándolo. No fue el jazz ni la máquina ni la urbe ni la violencia. Fue el squash lo que trasfiguró mi existencia con velocidad, dinamismo, apetito, resistencia, vigor. También flexibilidad: mala palabra para un poema, buena para la vida.

Ser todo labios en un antro o en una cancha. Ser todo labios todo loco. Radicalidad vital, no política. Aquellos truenos los probó mi padre. Su generación, la que en 1959 tenía diecinueve años y treinta en 1970, se fumó un susto liado con las obras de Marx, de Lenin y de Mao. Sobre todo con aquel opúsculo suicida del Che Guevara. Sospecho que mi papá no creyó en el foquismo y prefirió el trabajo de masas. Eso equivale a decir: prefirió Bogotá al monte. O mejor: prefirió La Soledad al monte. ¿Su aventura? Ir en busca de las masas proletarias. Quizás él llegó a conocer a algún obrero. Yo conocí una indigente que se había fumado cinco sustos. Nací en el 75, él en el 40: cosas de la brecha generacional, sin duda.

A mí no me tocó el radical de los setenta sino el moderado de los ochenta. Nunca dejó de votar por la UP, al menos mientras hubo alguien vivo por quien votar. Recuerdo un trancón en la Autopista de camino al colegio, Bogotá convertida en piedra de sacrificios, sin sacerdotes sagrados, sin obsidiana. Sólo hojalata y resortes. Habían matado a uno de la UP. A uno más. Mucho después, trotando desde la 85 con Autopista hasta La Montaña, vi otro muerto. Me lo encontré perdido entre la sombra que proyecta el puente de la 116. Un montón de trapos, asfalto deshojado, con un rostro semioculto. Lo salté, le pasé por encima. No era un político de la UP, era un indigente.

Así era la vida. Se abrían las vísceras para encontrar que el destino era abrir las vísceras. La sangre moviendo manivelas hacia ningún lado. Hacia peor. Hacia mierda. Ninguna muerte revelaba nada, ninguna muerte era más que una mancha en la Autopista. Nunca una línea roja en la historia. El tiempo bogotano debía de estar lleno de marcas indelebles. Sitios vedados a los que nunca se debería volver. Líneas rojas: una en 1914, otra en 1948, una más en 1985, y en 1989, y en 1995, y aquella de 1999. Y mil más, y mil más.

Tantos muertos que también nos fumamos. Muchos sustos juntos. Mucho voltaje. Vivir en Bogotá fue crecer con esos muertos. Padecer espectros, fingir que no se veían. Eso hemos sido, trompos bailando entre

extremos. Atraídos por los fragores de unos y de otros. Girando entre brasas, creyendo que sólo hay reposo en las líneas del fondo.

No aprendimos nada de nada, nadie aprende nunca nada. La euforia ingenua de los veinte tenía como fin el poema y la vida, sí, pero acabó mutado en sectarismo. En pañales, luminosas, ninguna palabra había matado. Pero maduraron, se creyeron cada una de sus letras, les sacaron filo, inflaron con redobles su semántica, forzaron a la realidad a amoldarse a ellas. Entonces vimos aparecer un continente extraño. Creímos que había que domarlo con el fuego. América: nunca libre, siempre liberándose. Nunca independiente, siempre en rebelión consigo misma. Un pucho que enciende otro pucho, una revolución que enciende otra revolución. "Hijo" —dice el caudillo, dice el redentor, dice el militar, dice el artista, dice el cura, dice el profe y dice hasta el tuitero—, "estás oprimido". Las cadenas cuelgan del cuello, la llave es dinamita.

La línea continua, trenzada con matices, acuerdos y desencuentros, ambivalencias, sí-pero-nos, recibe el primer hachazo. Aquí y allá. Quedan cabos. Las dudas se arrasan con un baldado de agua. A veces de sangre. El odio es un cometa eterno, que no desvía su órbita. La radicalidad tiene ese beneficio: purga la contradicción. No hay laberintos, ni caminos en círculo, ni calzadas de doble vía. El odio es puro. Y en el centro no

deja nada. Y sin embargo el centro sabe que la política no lo puede todo. Que quien busca poder no merece la confianza ciega de nadie. Que toda causa noble camufla egoísmos y miserias. Que no hay milagros, sólo ensayos y errores. Y que en el fondo nadie sabe nada. Hay un laberinto y se busca la salida. Así cunda la ilusión, nadie corre en línea recta.

A finales de los noventa me gustaba una mujer porque era como Bogotá: voltajuda. El mundo parecía extraer de ella su energía para rotar. Nómada, iba del Saint Moritz al Terraza Pasteur, de Quiebracanto a La Macarena, de La Perseverancia a La Florida. A las galerías del Norte, al Centro, a donde fuera. Respiración rápida, entrecortada, bogotana. Los dedos en la lengua, pellizcando motas de tabaco. Suspirando hacia dentro. Mucho *ish*, mucho *tss*. Una mirada impactada. Absorbiéndolo todo, vibrando con el viento en contra. Por Bogotá. La presión del cielo bajo y cargado. Aturdida por estertores de una modernidad envejecida, sin mejoras ni renovaciones, subía a las busetas a remendar sillas rajadas. Ya no le cantaban a la máquina, los artistas, más bien cuidaban la desvencijada silletería de las busetas. Esfuerzo descomunal e inútil: quijotismo latinoamericano.

Fueron los años en que la vida se convirtió en experimento. ¿Qué hacer?, seguía siendo la consigna. Pero la respuesta ya no era leninista sino vitalista.

Contradecir la intuición y el instinto. Anular el sentido común. Hacer lo que en sano juicio no se haría. Darse la vuelta, ya se sabe. ¿No era esa, después de todo, la más digna rebelión? Anarcohedonismo: dejar de estarse liberando eternamente y actuar por fin como una persona libre. No culpar a nadie de la propia frustración. No buscar que otro apague las chispas que saltan al entrar en la atmósfera terrestre. El acto para mí, no para demostrar algo; el acto en busca de placer, no como reivindicación o demostración de nada. ¿La antítesis del anarcohedonismo? Convertir la pequeña miseria en una causa, la propia impotencia en un problema ajeno.

A mediados de los noventa solía entrenar squash en Los Arrayanes. Me invitaba Eusebio, el profesor. Nos conocíamos de lejos. De niño, en La Montaña, mientras yo jugaba, él trabajaba como caddie de tenis. Su Bogotá era otra Bogotá. La de las barriadas de Suba, la de los cimientos a la vista, ladridos en las planchas de cemento, el acero despeinado, bloques que muerden el aire. Pirámides de los pobres latinoamericanos. Dejé de verlo mucho tiempo, y un día, no sé cómo, reapareció convertido en squashista. Empezamos a entrenar juntos. Yo salía de la Universidad Javeriana, donde estudiaba, tomaba la Autopista, pasaba por los cementerios del norte —Jardines del Recuerdo, Jardines de la Inmaculada— con sus muertos alineados bajo la pradera verde. El squash exigía muchos kilómetros. Trotando,

en buseta o en carro. Detrás de una pelota negra, recorrí todo el extrarradio de Bogotá.

Eusebio introdujo a un amigo suyo en el mundo del squash. Piel blanquísima, ojos negrísimos. John, se llamaba, rápido en la cancha, alargaba el brazo hacia atrás, gesto exagerado, teatral más que técnico, antes de golpear la bola. A él empecé a encontrármelo en torneos. Competíamos. Una vez regresamos juntos de Bucaramanga, después de un campeonato. Su tío le había prestado un Hyundai blanco. Llevaba un solo disco para ocho horas de curvas. Ace of Base. Y ese es el último recuerdo que tengo de él. John tarareando canciones en inglés, acelerando, casi bailando mientras manejaba. Él y la máquina, sin poemas de vanguardia que exaltaran ese vínculo. Sólo con Ace of Base, la jovial banalidad. Después dejé Bogotá, dejé el squash, y no volví a saber de ninguno de mis antiguos compañeros. Me fui creyendo que nadie se podría ir a la guerra tarareando una canción de Ace of Base.

Y entonces una imagen del pasado encontró el camino de vuelta. Se colaba en el presente. Volvía, anacrónica, a ser de hoy a pesar de ser de ayer. Las noticias eran su salvoconducto. La prensa tiene ese poder, rescata fantasmas olvidados. A mí me ponía de nuevo enfrente a John. En primera plana, todos los medios. Estaba en sudadera, su uniforme, aunque también él había dejado el squash. Metamorfosis maravillosa, de

trabajar en clubes pasó a frecuentarlos como socio. Era empresario. Invernaderos, algo así.

Tampoco conducía el Hyundai de su tío, sino un Renault Mégane. En él fue una tarde hasta el Club El Nogal. Iba a morir, aunque dudo que hubiera estado al tanto. ¿Sonaba ese disco de Ace of Base? ¿Su equivalente actualizado? ¿nsync? ¿Beyoncé? ¿Se puede oír Beyoncé con doscientos kilos de dinamita en el baúl? Sus tíos, de las farc, habían puesto esa bomba ahí. John era el mensajero. Tonto útil, no de sí mismo, tonto útil de la obstinación estéril. ¿Iría oyendo reguetón? Tal vez una canción moderna que seguro no hablaba de válvulas, ni de turbinas, ni de cañones, ni de estallidos. Y ya no salió. La Séptima quedaba manchada y 2003 sin su debida línea roja.

Con el vientre abierto, así dejó John El Nogal. Un aborto forzado en el que murieron treinta y seis. A John ni lo contaron. Estalló y se apagó y no pasó nada. Desapareció en el humo, se deshizo. Quizá algún día reencarne en un bar. Vértigo John Fredy Arellán. Otra generación, sin recuerdos, tal vez pueda bailar. Otros serán los sustos que los entumezcan. Otro voltaje, otra parálisis. Otras tres piedras que lanzarán contra algún molino, y otras tres piedras que lloverán sobre sus propios hombros. Más sustos y más sustos y una mancha en los pulmones.

Será otra generación de caminantes que deambule por el centro. Más bogotanos. Los siempre llamados a

nada, quijadas trituradas, refunfuñando y empapados. El genio estrellándose contra la piedra. Raspados por la hojalata y el asfalto. Resignados o insurrectos. Escépticos o fervorosos. A veces fe en el viento, a veces fe en el fuego. En lo que prometa poner arriba lo de abajo, adentro lo de afuera, blanco lo negro, fiero lo manso.

A mediados de los noventa dejamos la Autopista con 85 y nos mudamos a la Séptima con 89. Mi mamá, mi hermano y yo, digo, porque mi papá ya se había devuelto a La Soledad. Autopista y Séptima: todo parece ocurrir entre esas dos avenidas. Bogotá inmensa, y ese mundo pequeñito. Un subconjunto finito en un conjunto infinito. En la Séptima, encaramado en un piso 12, veía el Occidente. Justo delante, el Dorado, puntos de luz parpadeando entre nubes rojizas y púrpuras. En las calles, luces rojas y blancas congeladas por el aguacero. Las casas de la novena, de la décima, condenadas a madurar en edificios de ladrillo rojo.

Veía a Bogotá en las noches y en el día la caminaba. Psicogeógrafo imprevisto, elegía un sector desconocido para captar las sensaciones que emitía, para descubrirme como un bogotano que no tenía ni idea de lo que era Bogotá. Mi trabajo era ese, caminar la ciudad y entrevistarla. Ir a escuelas en barriadas remotas, sectores populares, enclaves opulentos, y plantearles dilemas morales a los niños. Psicogeógrafo y psicólogo evolutivo, eso intentaba ser por esos días. Iba con mi

amiga Rose. Ella también era como Bogotá. No voltajuda; rabona, más bien. O ni siquiera. "Yo no soy rabona", me corrigió una vez, "yo soy rerrabona". Un mecanismo de defensa en un entorno hostil. En un medio que si uno se descuida raspa, chuza, inflige la derrota. Una forma de sobrevivir: la pequeñez de los mil y un destinos gloriosos que hormiguean en una mancha de asfalto untada entre los Andes.

Tarde y empapados: psicogeógrafos bogotanos. A veces apedreados, a veces derrotados por filas, trancones, fotocopias, sellos; por intrascendencias que se vienen encima como estanterías. En buseta. Con suerte sentados en una silla rajada. Un millón de rajas por cada remiendo. La ciudad pastando afuera, gotas bajando por la ventana, congelados por la lluvia. Labrando pliegues en el ceño, inmóviles, la vida pastando afuera. Ah, pero cuando se llega a puerto… Dos amigos que se encuentran en Bogotá son dos héroes. Odiseos color asfalto que revientan. Revientan el tiempo. Se hunden en el tiempo. En dos horas agotan la existencia.

De niño es imposible; de mayor, difícil. Pero a los veinte años se esquivan los nudos de la urbe, se dominan las grietas, nada entumece. El espanto es espectáculo. Susto, voltaje, rabonería. Una vez sentados a la mesa, no se desperdicia un gramo de vida. Entra, impacta la mirada. La fórmula de una extraña dicha. Susto, voltaje, rabonería. Moléculas de la experiencia bogotana.

Lo supe en la Tadeo. Antes de irme a Madrid, allí fui profesor. Enseñaba no sé qué. En realidad, tomaba nota, aprendía sobre asuntos bogotanos. La vida bogotana. Tuve maestros, claro. M, la maestra M, que había optado por la anomia como estilo de vida. Inmune al mundo, inmune a Bogotá, no necesitaba rebelarse contra nada porque no había nada por encima de ella. Ama y señora de su existencia, vivía sin soluciones porque no había problemas. Tanta vida, la maestra M, que le sobraba. Se inventaba personajes, vivía otras vidas, las encarnaba. Dejaba de ser ella y se convertía en una panadera, en una empleada del servicio, en una novia sumisa. En lo que le diera la gana. Otra vida, sobre el asfalto bogotano. Bajo el aguacero. No hay lío, nunca hay lío. ¿Por qué iba a haberlo? No se podía volver a la niñez, pero se podía actuar la fantasía, traspasar toda norma. Ir así por la vida.

Quería tanto a Bogotá cuando dejé Bogotá, que de haberme quedado no habría hecho más que querer a Bogotá. Y durante muchos años, al volver, siempre hacía lo mismo. Subía a lo alto de mis veintiocho, de mis treinta y dos, de mis treinta y cinco, de mis treinta y ocho, de mis cuarenta y dos, y me lanzaba de regreso a los veinticuatro. De la cabeza a los pies. Creía entonces recordar lo que sabía de las grietas. Pasaba por El Nogal. Aún lo veía con el vientre abierto, a pesar de tener ya reparada su coraza. Pasaba por la Javeriana, donde fui feliz. El

squash de la 26 ya no existía. Ni el de la 85. Ni el de la 147. Migraron las canchas a los conjuntos y edificios. Allí anidaron y allí incubaron nuevos squashistas cuyos nombres ya no sabré. Algunas siguieron prisioneras en los clubes. En La Montaña no. También aquel sitio dejó de existir. Si la nostalgia es la certeza de haber vivido y vibrado y gozado, mi nostalgia trota por la Autopista hacia La Montaña.

Volvía a Bogotá a continuar la vida donde la había dejado. Alimentaba esa ilusión, me negaba a ver las señas del tiempo. Repetía un verso de Blanco Fombona, "El mejor poema es la vida", y me lanzaba exigiendo su radical abrazo. Volver al pasado, al origen, maravilloso anhelo, utopía luminosa. También coja, utopía coja. A medio camino se desploma. El presente le pone zancadilla. Se burla de las nostalgias.

Ahora vuelvo en busca de otra forma de placer. Más sutil, menos efervescente, muy poderoso. Entender, asimilar, atar cabos: ensayar respuestas. Quizás me fui para poder hacerlo. Tenía que dejar de vivir en Bogotá para entender lo que había vivido en Bogotá. Y vuelvo a Bogotá para dejar de vivir mi vida en Madrid y entender mi vida madrileña. Dejar de vivir para entender.

Anarcohedonista moderado: que mi vida no sea una obra de arte, mucho menos un ejemplo de nada. Sólo mi vida. Poca cosa, mucha cosa, a quién le importa. Con Bogotá atravesada, inevitablemente atravesada,

prosigue. Y cuando vuelva, cuando la peste haya cesado, cuando pueda subirme de nuevo en un avión, iré a La Soledad. Veré la montaña, pasearé por el parque, entraré a un café o a un teatro, y todo eso en un mismo día, caminando.

Me refugiaré en la tibieza de La Soledad.

No es la niñez pero sí su ritmo, su sonido de fondo.

Madrid, septiembre-noviembre de 2020

Cristina Morales
(Granada, 1985)



Es autora de las novelas *Lectura fácil* (Premio Herralde de Novela 2018 y Nacional de Narrativa 2019), *Últimas tardes con Teresa de Jesús* (Anagrama, 2020; Lumen 2015), *Los combatientes* (Anagrama, 2020; Caballo de Troya 2012) y *Terroristas modernos* (Candaya 2017). En 2017 le fue concedida la Beca de Escritura Montserrat Roig, en 2015 la de la Fundación Hans Nefkens y en 2007 la de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Es bailarina y coreógrafa en el colectivo de danza contemporánea Iniciativa Sexual Femenina y productora ejecutiva de la banda de punk At-Asko.

La ropa del bailar

A Dulce María Ramos, aliada

—Querida, nos pasamos nuestra productiva juventud produciendo poco, yendo y viniendo por estas calles de La Candelaria —me dijiste—. Lo poco que producimos es esto: recitales de poesía, presentaciones de libros, obras de teatro.

—¡Viva La Candelaria —te respondí yo—, barrio bogotano en el que un domingo a las siete de la tarde puedes encontrar una tienda de ropa abierta!

El 10 de noviembre de 2019 yo necesitaba una tienda de ropa con urgencia. Necesitaba unos pantalones y una camiseta de algodón, cómodos y baratos, para irme a una *jam* en Danza Común, en la calle 10 y no muy lejos de nuestra Candelaria (nuestra y de cualquiera, por suerte). Los encontré de 85 por ciento algodón y 15 por ciento elastano.

Una *jam de contact*, amiga, es una sesión de improvisación de danza contemporánea inspirada en la técnica del *contact-improvisation*, modo antiacadémico

de bailar nacido en los setenta en Estados Unidos y aquí, en Bogotá en 2019, seguimos bailándolo. Vale entre dos y cinco mil pesos la sesión dependiendo del espacio, o sea, de lo peseteros (yo soy española, nacida antes de que el euro sustituyera a tantas monedas europeas) que sean los organizadores, porque para improvisar lo único que se gasta es la luz de dos bombillas y una minicadena y el agua de tirar de la cisterna o de lavarte el sudor (no lo dicen pero se sienten en la necesidad de cobrar por abrir, cerrar y organizar —mandar mails y wasaps, colgar el evento en Facebook y en Instagram—). El dinero se mete en una hucha, normalmente (según lo peseteros que sean) nadie te lo controla, y por eso yo siempre echo menos y a veces hasta no echo nada. Y menos eché ayer, amiga, porque ya me había gastado cincuenta mil doscientos pesos en el pantalón y la camiseta. Por suerte, los de Danza Común no son peseteros.

Quiero explicarte el porqué de mi urgencia. Había ido al teatro. Me habían conseguido invitaciones desde la alcaldía en el Teatro Mayor Julio Mario Santodomingo (de lo contrario no habría podido pagarme la entrada, a 150.000 pesos la localidad en la platea). Nunca había entrado a ese teatro y estaba, pues yo qué sé, más o menos ilusionada, pero a los veinte minutos de representación me salí porque la pieza me parecía un espanto. Era el Festival de Danza en la Ciudad, que felizmente coincidió con mi semana de eventos literarios y que me permitió

ver trabajos buenísimos como *When I am not around*, de la compañía La Cerda, si bien ese del domingo (y estoy omitiendo deliberadamente el nombre, quién me ha visto y quién me ve, tan diplomática) me obligó a salir escrupulosamente silenciosa. Otras veces no soy tan discreta.

Estaba a tiempo de llegar a la *jam* porque tenía chófer y al ser domingo no había tráfico (la palabra *tráfico* es un eufemismo para no decir exasperación en la carretera). Yo voy en bici a todas partes, pero el Julio Mario Santodomingo está en la otra punta de Bogotá. No había echado en la mochila la ropa de bailar, como la llama mi marido para aclararse cuando le pregunto por alguna prenda que no encuentro (a veces hasta la llamamos la ropa "del" bailar):

—Guido, ¿has visto mi camiseta negra que pone "II Festival de Teatro de la Universidad de Jaén" en letras verdes?

—¿De la ropa del bailar?

—Sí, una muy vieja.

—Pues está echada a lavar.

O bien me responde:

—Pues en su sitio, en el cajón de la ropa del bailar.

O incluso:

—Pensé que ya no te la ponías ni para bailar de lo roída que la tienes.

Mi ropa del bailar (como la de la mayoría de los bailarines de *contact*, aunque también los hay presumidos)

es, siempre, la más vieja. Esto es así porque en las *jams* (o en las clases, e incluso en los espectáculos de *contact*) reina un estado de pérdida de la conciencia a través del movimiento que una vestimenta constreñidora (imagina las apretadas mallas de *ballet*, o los vestidos de baile de salón, o los mocasines) impediría. En las *jams* nos tiramos por el suelo, nos retrepamos en el cuerpo de los otros, sudamos como cerdos. Yo he salido de algunas *jams* con la camiseta o los pantalones rotos.

Necesitaba, pues, una tienda de ropa abierta, y rápido. ¿No es un gusto, querida, comprar de prisa, sin caer en la trampa de la música chunta-chunta que te retiene, sin pasarte media hora en el probador, o embobada entre los percheros? ¿No te da, amiga, sensación de opulencia, aunque te gastes cincuenta mil doscientos perrunos pesos? Pues esa opulencia sentí yo aquel domingo: un pantalón y una camiseta en diez minutos. La tienda está en la Séptima con la 12. Me atendió una trans color chocolate, guapísima e impecablemente maquillada, que me hablaba de usted. Luego me cobró una asiática también muy guapa y con acné. Mientras me cobraba, requirió la ayuda de una tercera trabajadora porque se había acabado el rollo de papel de los tíquets y acudió una mujer que tenía una llaga en el labio, como de subidón de fiebre, y que no era tan guapa para mi gusto, o sea, no era una mujer con la que de entrada, como contigo, amiga, me

acostaría. Me atendieron diligentísimamente las tres, y así se atendían entre ellas. Yo soy una mujer a veces más cisgénero, a veces menos, a veces nada, del sur de España. Es por cómo visto (creo), por cómo hablo (eso seguro) y por cómo a veces paso miedo en mi camino de vuelta al hotel en la Plaza de Las Aguas que se adivina que soy extranjera. Tengo los ojos verdes, la piel clara y, el pelo, castaño oscuro, lo llevo en un corte punki. Creo que también soy guapa, pero no tanto como la trans. Sí tan guapa como tú.

Y me fui a la *jam*. "Todo el mundo está a punto de obligarte, pero nadie puede. Sólo en un estado flexible y oscuro." Ese es quizás el estado de la danza que yo practico, incluso el de la literatura que yo practico (me gusta pensar que la literatura "se practica", que también se ejecuta con el cuerpo, como tuve ocasión de hablar con el bailarín, coreógrafo y crítico teatral Rodrigo Estrada en un conversatorio al que nos convocó Bogotá Contada). Y creo que también es la consecución o el mero hallazgo de ese estado flexible y oscuro, como de criatura de fondos abisales, el que hace que las fiestas, los viajes y el sexo sean gozosos, reveladores, cargados de sentido. No me pueden obligar a nada no porque yo sea una guerrera sino por todo lo contrario: porque abomino de la política noción de visibilidad. Yo quiero ser invisible, amiga. Para eso me pongo a bailar con desconocidos que me agarran por todas las partes del

cuerpo que el pudor les permite. Para eso viajo sola. Para eso soy promiscua. Para eso mantenemos el secreto de nuestra voluptuosidad, tú y yo, amiga mía, y no porque las dos estemos casadas, pues nuestros jóvenes esposos lo saben y nos alientan (nuestros maridos se calientan con nuestro relato). Uno de mis espontáneos *partners* de ayer en la *jam* fue el único capaz de aquietarme la mente, que llevaba a mil por hora desde nuestro encuentro, amiga, de la noche anterior ("mil por hora": eufemismo para no decir que el cosquilleo en el clítoris no me abandonaba). Me calmó a fuerza de contacto y de jadeos. Bailábamos como si nos persiguiéramos para liarnos a hostias o comernos a besos. Se lo dije al acabar la sesión: Aquietadora mía, es absurdo dejarlo aquí y el refrán de una mancha de mora con otra se quita es falso. Yo quiero que me dé vergüenza salir a la calle de la de lamparones de mora que lleve en la camisa. Quiero que la vergüenza me oculte. Quiero una política de eufemismos.

Mi aquietadora me invitó a pasar la noche en el Hospedaje del Gordo, donde, según me dijo, tenía alquilada una habitación mientras encontraba piso. Yo ya sabía que en Fontibón la vida (las relaciones económicas y familiares, la arquitectura, la salud, los horarios) gira en torno a la prostitución. Con ocasión de mi charla sobre literatura y mujeres migrantes en La Casa de Todas, sita en el barrio Santa Fe, las trabajadoras

sexuales y municipales me habían informado generosamente. Pensé que mi aquietadora podía ser prostituta y que yo le parecía una clienta deseable: confiable, amable, caliente y además europea con dinero. Todo me pareció bello y justo, sin trampa ni cartón. Quedamos en vernos al día siguiente porque a la mañana siguiente yo tenía que madrugar para ir a otra charla literaria (más responder entrevistas, más almorzar con organizadores) y no quería que la prisa por irme a la cama pronto enturbiara mi encuentro fontiboniano.

Acabado el trabajo y excitada como cuando tú y yo, amiga, esperamos la hora de nuestra cita, fui a negociar un taxi. Al primer taxista tuve que mandarlo a la mierda.

—¿Vas a Fontibón, niña? —dijo cuando adivinó que, a pesar de que aquel era uno de mis días cero cis, era una mujer y era europea—. Es el barrio más peligroso de Bogotá. Si quieres te llevo yo a un hotel mucho mejor.

—Prefiero el hostal de Fontibón —le dije alejándome—. Es mucho más barato.

—¡Barato por peligroso! —me gritó en un último intento de convencerme.

El segundo taxista, o bien no tuvo dudas en los cuarenta minutos de trayecto de que yo era un muchacho, o bien su politización en lo transgénero lo honraba, pues me detalló todos los partidos que Colombia había

disputado en el último mundial de fútbol y cuánto admiraba los equipos españoles. Sea como fuere, tomé nota de su número para que al día siguiente me llevara de vuelta a mi hotel.

El Hospedaje del Gordo era un lugar humilde y limpio. Mi aquietadora me mandó un wasap avisando de que se demoraría una media hora, así que salí en busca de medio pollo asado. La noche era fresca y chispeaba y, aunque estaba de subidón porque podía performar la masculinidad en mi beneficio, me puse la capucha de la chaqueta, metí las manos en los bolsillos y eché a andar encorvada como si fuera el personaje de un cómic de Frank Miller cuya cartelera avisara: Soy chungo y no tengo el chichi pa farolillos. Cuando ya casi había llegado a la calle principal, un hombre joven se me acercó y me preguntó:

—¿Quieres niñas?

"Perfecto", pensé en cuanto se me pasó la sorpresa. Aunque más sorprendido se tuvo que quedar el chulo ese al darse cuenta, cuando alcé la mirada, de que yo era una mujer.

—Voy a cenar —respondí, y el tío abrió mucho los ojos y retrocedió sin decir nada.

El restaurante donde me senté tenía un gran ventanal que daba a la calle y estaba al lado de un local nocturno. Fuera del local se aglomeraban jaurías de machitos que en España serían chonis pero que

en Colombia no sabía etiquetar. Parecían constantemente a punto de estallar en una pelea colectiva y se dirigían los unos a los otros de forma agresiva. Pero la pelea nunca estallaba y con los insultos se alternaban las risas.

Mi aquietadora me escribió para decirme que ya estaba en lo del Gordo y tuve que contenerme para no pegar un brinco de alegría. Por un momento había pensado que quizás me estaba dando plantón y que mi fantasía de reapropiación de la fuerza de trabajo sexual era eso, una fantasía (y te adelanto, amiga, porque no voy a cerrar esta historia con un final efectista y porque ya nos servirán los pormenores de mi relato para lubricarnos entre nosotras y a nuestros maridos y amantes; te adelanto que mi aquietadora sí que era puta y que follamos como descosidas durante dos horas a cambio de ciento cincuenta mil pesos, lo mismo que costaba el asiento en platea para ver ese espectáculo pretencioso al que me invitaron y del que me salí, ¡ja!).

Al salir del restaurante volvió a hablarme el proxeneta (que por supuesto no era el proxeneta de mi aquietadora, porque ella es autónoma y porque ya te he dicho, amiga, que no voy a insultarte con un final redondo).

—¿Ya cenaste?

Opción uno: No se había dado cuenta de que yo era una mujer y volvía a intentar venderme una relación heterosexual.

Opción dos: Estaba politizado en lo transgénero y veía posible venderle a una mujer una relación no heterosexual.

Opción tres: Se había dado cuenta de que era una mujer, no estaba politizado en lo transgénero y se estaba burlando de mí.

—¡A dormir! —le contesté cortante, sin saber si lo que quería decirle era que ahora yo me iba a dormir o si le estaba ordenando a él que se fuera a la cama.

Barcelona, febrero de 2020

Julianne Pachico
(Cambridge, 1985)



Creció en Cali (Colombia), donde sus padres trabajaron en agricultura tropical. Sus cuentos han sido transmitidos por la BBC y publicados por *The New Yorker*, *Granta* y *The White Review*, entre otros. Escribe en inglés y sus libros *Los afortunados* y *El hormiguero,* publicados en español por Planeta en Colombia, están traducidos al francés, italiano y holandés.

El gran tour

Gracias al Museo Nacional y la exposición
"El testigo" de Jesús Abad Colorado por las preguntas.

¡Bienvenida al museo! Estamos muy felices de que hayas podido venir. ¿Te gustaría guardar tu abrigo? ¿Tienes frío? ¿Tienes calor? Síguenos por este pasillo, por favor. Ten cuidado de no tropezar.

Es un edificio hermoso, ¿no cierto? ¿Te parece grande? ¿Te parece pequeño? ¿Te parece adecuado? ¿Te parece una joya? ¿Un ataúd? Si no tienes cambio para pagar la tarifa de entrada, no te preocupes. Estamos aquí para cuidarte.

¿Desayunaste bien? ¿Tomaste café? ¿Comiste caldo? ¿Arepa, chocolate con queso? ¿De qué manera la diferencia nos une o nos separa? Si quieres, podemos salir a almorzar juntos después del gran tour. Hay un lugar por aquí cerquita que sirve unos chorizos súper ricos.

¿Dónde quieres comenzar? ¿Cuál sección del museo te parece más interesante? ¿Más relevante? ¿Más traumatizante? ¿Te gusta la fotografía? ¿La historia nacional? ¿El folclórico? ¿El arte moderno? ¿Cómo resuelve sus conflictos?

¿De qué manera la diferencia nos une o nos separa?

Esa es una muy buena elección.

No te preocupes, te estamos siguiendo, justamente detrás de ti. Estaremos muy cerca a ti durante toda la visita. No vamos a dejar que te pierdas. ¡Perderse no es parte del itinerario de hoy!

¿De qué manera defiende las ideas en las que cree? Cuidado con las escaleras; son un poco resbalosas. ¡Qué peligro! ¡Qué escándalo! Definitivamente vamos a dejar una queja con la persona responsable.

Es una escultura muy buena, ¿no? Muy simple. Muy complicado. ¿Te parece metafórico? ¿Te parece literal? Por favor no lo toques. No queremos causar problemas. No queremos guardias de seguridad ni alarmas. Es mejor tener orden en vez de contradicciones y ambigüedades. Es mejor saber dónde estás, qué debes hacer y quién debes ser.

Si en cualquier momento tienes dudas, no dudes en preguntarnos. Estamos aquí para ayudar.

¿Cuándo se ha sentido realmente independiente?

Es una pintura impresionante, ¿no? ¿Te parece tradicional? ¿Te parece experimental? ¿Es una expresión personal del artista? ¿O una declaración colectiva? No te preocupes; estamos seguros de que la imagen estará disponible para comprar en la tienda de regalos. Podemos ir allí cuando quieras.

¿De qué manera teje relaciones con sus familiares, con sus amigos, con desconocidos? Qué foto más fuerte. Tan impactante. Tan explotador. Tan auténtico. Tan artificial. Si quieres, podemos intentar introducirte al fotógrafo esta noche en la fiesta. Desafortunadamente es un hombre muy ocupado, pero para usted, haremos el esfuerzo. Para nosotros, eres una persona muy especial.

Creemos que esta galería te va a parecer particularmente interesante. Es sobre la naturaleza. Es sobre la tecnología. Se trata de diálogo. Se trata de dominación. La galería se trata de temas como la incorporación, la transformación, y el poder redentor de la ficción. Necesitas comprar un boleto adicional si quieres entrar. ¿Quieres usar el baño? ¿Quieres sentarte un ratito y descansar? ¿Con qué frase quisiera ser recordado después de morir?

Qué pena contigo, pero no te entendimos.Necesitamos que repitas tu respuesta.

Ah, aquí está nuestra exposición favorita. Es muy famoso. Es muy insignificante. Es muy juguetón. Es bastante irritante. ¿De dónde provienen los alimentos que consume? ¿Cuáles de ellos tienen el origen más lejano?

¿CON QUÉ FRASE QUISIERA SER RECORDADO DESPUÉS DE MORIR?

Si en cualquier momento necesitas tomar un descanso, ¡no dudes en decirnos!

Lo que nos gusta específicamente de esta exposición es la cantidad de información. Es un poco aburridor, pero es muy útil tener tanta información presentada de manera tan clara. Es muy buena cosa cuando la información funciona como un espejo, en vez de una nube. Es muy buena cosa sentirse guiado en este mundo.

Pero es muy difícil resumir una historia tan complicada, ¿no cierto? Qué buena línea de tiempo —tan detallado, tan útil. Qué estadísticas tan aclaratorias. Qué hermoso mural. Qué buen tapiz. ¿Qué momento de su vida recuerda como la más importante celebración? ¿Qué manera tiene para alcanzar sus más importantes objetivos?

Estamos completamente de acuerdo; ahora es el momento perfecto para tomar un descanso. Ven, sentémonos en el jardín. Qué plaza más hermosa. Qué plantas más lindas. Qué aire tan refrescante. Qué suerte

tienes de que no haya niebla en este momento; puedes tomar todo el tiempo que quieras, disfrutando de esta hermosa vista de las montañas, los bosques, los edificios. ¿Qué lo hace a usted distinto de las otras personas?

Tienes razón: estamos muy orgullosos de las otras turistas. Son un grupo muy internacional, ¿verdad? Son exactamente como tú. Son totalmente diferentes. ¿Eres una invitada? ¿Eres local? Estamos muy felices de que las turistas vengan a nuestra ciudad. Qué progreso. Qué cambio. Si le propusieran un trueque con alguien de otra región o país del mundo, ¿qué objeto o producto intercambiaría?

De todos modos, por lo menos estamos de acuerdo: es muy buena cosa poder seguir adelante. Es muy buena cosa poder vivir con su familia en paz.

Es mejor que sigamos ahora; no queremos quedarnos sin tiempo. Todavía nos quedan muchas cosas para ver y entender. Necesitamos tomar la ruta más directa posible. No queremos ser interrumpidos ni distraídos.

Esta sección del museo es la más antigua. Mira los fósiles. Mira las piedras. Mira los mapas. Mira la tumba. ¿Qué objetos de otras regiones o países tiene en su casa?

Esta sección del museo es la más moderna. Por favor, toma tu tiempo. Mira los carteles de películas locales. Mira los libros publicados por prensas independientes. Mira las camisetas utilizadas en la protesta y los carteles hechos mano para la marcha. ¿Te hace pensar

¿USTEDES QUE HARÍAN SI TIENEN UN FAMILIAR DESAPARECIDO?

en tu infancia? ¿Te hace pensar en tu futuro? ¿Cómo expondrías tu propia independencia?

Ay, qué pesar; lo sentimos mucho que tienes dolor de cabeza. El museo puede tener ese efecto; no te disculpes, no eres la primera. Aquí, siéntate en esta silla. Quédate aquí hasta que te sientas orientada. Es importante sentirse coherente. Es importante no ser fragmentada.

Tómate todo el tiempo que necesites. De todos modos, ya casi hemos terminado. Ahora es un buen momento para agradecerte. Gracias por ser testigo. Gracias por ser consumidor. Gracias por venir a ver. Gracias por entender. Ver y comprender son la misma cosa, ¿no? Porque si no lo son, ¿cuáles son las implicaciones? ¿Las implicaciones para ti? ¿Qué esperabas sacar de esta experiencia? ¿Qué has logrado? ¿Es esto honestamente lo mejor que puedes hacer?

¿Ustedes qué harían si tuvieran un familiar desaparecido?

¿Cómo relacionarnos con lo desaparecido?

¿Cómo llegamos a esto?
¿Y qué me dicen a mí los campesinos?
¿Cómo te sueñas viviendo? ¿Esa para ti es la paz?
¿Qué nos ha pasado en sesenta años de guerra?
¿Quiénes somos?
¿Quiénes somos?
¿Quiénes somos?

Antonio Ungar
(Bogotá, 1974)



Su más reciente novela, *Mírame* (2019), está siendo traducida al francés. La anterior, *Tres ataúdes blancos*, ganó en 2010 el Premio Herralde de Novela y en 2011 fue finalista del Premio Rómulo Gallegos. También ha escrito los volúmenes de cuentos *Trece circos comunes* y *De ciertos animales tristes*, y las novelas *Zanahorias voladoras* y *Las orejas del lobo*, finalista del premio al mejor libro extranjero en Francia en 2008, CI, Les Allusifs. Su trabajo periodístico fue reconocido en el año 2006 con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. En 2005 fue el latinoamericano escogido para asistir a la residencia de escritores de la Universidad de Iowa. En 2007 hizo parte de Bogotá 39.

En el nombre del padre

Lo ve desde el bus.

Aprieta las manos en el marco de la silla, le duele el pecho.

Es él.

Su padre.

Casi treinta años sin verlo y sin embargo está ahí, aquí, en la realidad.

Se ve mucho más viejo, casi arrastra las piernas, abajo, en el andén, mientras se abre paso entre la multitud de compradores.

Faltan cinco cuadras para la siguiente estación y Daniel quiere saltar por una ventana.

Un anciano gris y jorobado, ahora, uno que mira muy serio el suelo bajo la sombra de un sombrerito negro.

Baja en la siguiente estación y regresa corriendo, seguro de haberlo perdido.

No lo pierde.

Camina en su dirección.

Un viejo de espalda muy ancha, jorobado, vestido con bluyines y camiseta a pesar del frío, recorriendo los andenes de La Soledad. Cuando pasa a su lado, el sol hace que Daniel lo vea fragmentado en imágenes muy nítidas, en primer plano: la silueta de los hombros; los ojos en la sombra, muy serios, clavados en el suelo; el sol brillando un instante en la quijada blanca y sin afeitar, la línea del sombrero.

Lo deja pasar.

Cuando lo tiene a suficiente distancia regresa sobre sus pasos y lo sigue siete cuadras, hasta el Park Way, en donde el viejo se sienta a leer un periódico como lo haría cualquier otro viejo.

Pasados quince minutos se pone de pie y camina otras cuatro cuadras hasta una librería de segunda mano en la calle 45. No se demora. Sale con un libro, sin bolsa, que empieza a leer sentado en la terraza de uno de los cafés para jóvenes mientras se toma una limonada.

Pasa así toda la tarde, el viejo. Solo, sin hablar con nadie, muy serio, sin quitarse el sombrerito negro, leyendo o caminando. Daniel no puede dejar de mirarlo, muy concentrado, como si en cualquier momento pudiera perderse de nuevo entre la gente. A las seis se va detrás de él, a media cuadra de distancia, a veces andando por la calzada, hasta que el viejo atraviesa el portón de un edificio de cinco pisos que alguna vez fue blanco, tan destartalado y sucio como todos los del barrio.

El viejo no sale más.

Daniel espera en la panadería de la esquina sin sentir el paso del tiempo. A las nueve lo ve fumándose un cigarrillo en el balcón, solo, mirando la luna y las nubes bajas sobre el infinito cielo bogotano.

A las diez de la noche, cuando la panadería cierra, Daniel se va a dormir, pero está de vuelta a las siete. Le deja una nota a su mujer dormida. Va a estar el día entero en la oficina. Desayuna en la panadería. Huevos pericos con cebolla y tomate, chocolate. Después se toma tres cafés solos. Fuma. A las once sale el viejo. Otra vez muy serio, con el sombrerito, sin haberse afeitado, otra vez de camiseta y bluyín y ahora sujetando una bolsa plástica.

Va hasta un colegio que ocupa una manzana entera, en la 37. Desde una banca del andén Daniel puede ver a los niños que juegan baloncesto y se queda ahí hasta la una. Su padre está más adelante, en una segunda banca, medio rota, a pocos metros de la cancha. Alimenta a las palomas que bajan planeando desde los cables de la luz, contempla a los niños o apoya la cabeza en las palmas de las manos y mira largamente sus propios zapatos deportivos.

A la una regresa al Park Way y ahí, mirando a las parejas pasar tomadas de la mano por el camino de cemento, se come el almuerzo que trae en la bolsa. Un sándwich y un plátano. Va después a tomarse un café y a fumarse un cigarrillo en una panadería de la 44. Por

la tarde camina hasta la carrera 13, se mete en un local de internet y se queda sentado frente a una pantalla casi una hora, muy rígido, sin quitarse el sombrero.

En una tienda de barrio, ya de regreso, el viejo compra quesos, verduras, lentejas. A las nueve sale de nuevo al balcón, como la noche anterior, a fumarse un cigarrillo y a mirar muy serio el cielo. Más tarde Daniel oye música a través de las ventanas del apartamento encendido. Algo que parece jazz, música instrumental con bajos y cobres. Cuando la música se acaba y la luz se apaga Daniel no quiere volver a su casa.

No quiere caminar, no quiere alejarse del balcón. Se queda en un bar oscuro, a dos cuadras, tomando cerveza y mirando grupos de mujeres muy jóvenes, maquilladas, perfumadas, ligeras de ropa. Hablan en voz muy alta, sueltan carcajadas antes de salir a la calle, que tiene letreros iluminados y tipos muy fornidos cuidando las puertas de bares nuevos.

Más tarde, vencido por el cansancio, medio borracho, Daniel camina por fin hasta su apartamento. Mientras sube las escaleras solamente imagina el cuerpo de su mujer. No lo toca hace semanas. Recuerda su olor, la redondez de sus tetas, la forma como echa atrás la cabeza cuando la penetra, sus gemidos, su sudor, el sabor de su boca, de su lengua, de su sexo. En el cuarto enciende una lamparita que tiene en el suelo y es suficiente para verla ahí, durmiendo, casi desnuda,

con la boca entreabierta y las piernas largas estiradas sobre la sábana.

No la toca. La mira. Está demasiado cansado y no se cree capaz de darle todo el placer que se merece después de tantos días de abstinencia. Sin darse cuenta se queda dormido así, sobre las cobijas, vestido. A las seis lo despierta una pesadilla. Va al baño para echarse agua en la cara y mientras abre las cortinas y escoge la ropa que se pondrá, se pregunta si debe contárselo a ella. Decide que no lo hará.

Para Marta ese fantasma que lo ha perseguido la vida entera, el que ha determinado la forma en que Daniel la quiere y la teme, en la que quiere y teme a su hijo, en la que mira y detesta al mundo, ya no existe. Los dos están a punto de cumplir cuarenta años y ya no tienen edad para echarle la culpa de todas las desventuras a un padre desaparecido en la primera infancia.

No le puede contar que el fantasma ha regresado de entre los muertos. Se baña con agua fría. Sabe que el tiempo que desperdiciará siguiéndolo sólo servirá para hundirlo más. Porque existe, su padre, porque no está muerto, porque vive en ese barrio de clase media, tan aburrido y solitario como cualquier otro viejo. Y porque todavía, más de treinta años después, Daniel tiene demasiado miedo para mirarlo a la cara.

Cuando llega a la calle del apartamento se sienta en la misma panadería de antes, pero esta vez adentro,

al otro lado de las vidrieras, desde donde puede ver la puerta del edificio sin ser visto. No tiene que esperar mucho. A las diez sale el viejo a hacer otro de sus recorridos sin propósito. Un parque, pequeñas tiendas de comida, una banca en la calle, la larguísima avenida bajo el sol del atardecer.

Por la noche, de regreso a la casa, su esposa no pregunta nada, no lo mira a la cara, están los dos muy serios y muy callados. Tres días pasan antes de que la situación se haga insostenible. Daniel está dedicando todo su tiempo al muerto viviente. Ha dejado de trabajar, ha dejado de responder el correo electrónico, ha cancelado dos tardes de parque con su hijo.

Toma todas las precauciones que puede para evitar ser descubierto. El penúltimo día, muy asustado por la posibilidad de perderlo, pero más asustado por la posibilidad de enfrentarlo, sufriendo ya los efectos del insomnio, se cambia de ropa durante el día, se pone una peluca.

La última tarde la pasa sudando bajo el sol, sentado en la panadería de siempre, creyendo que parece un turista gringo, sintiéndose más conmovido y más vulnerable y más fuerte que nunca. Durante un instante cree que tal vez el viejo sí ha notado su presencia y que por lo tanto están los dos metidos en un juego de nervios, sabiendo que les ha llegado la hora, no dispuestos a huir pero tampoco preparados para encontrarse.

Daniel siente que ya ha seguido a su padre lo suficiente como para tener una idea general acerca de su vida. El viejo parece no tener amigos. Parece estar vivo solamente por apego a sus rutinas. Algo en esa existencia triste y estéril consuela a Daniel. Como si la vida se hubiera vengado por él, como si esa soledad del viejo fuera el castigo justo por haberlo abandonado siendo sólo un niño, por haberle arruinado la existencia.

*

La última mañana del acecho es igual a las demás. A las dos de la tarde, sin embargo, el viejo se va en bus a un hospital público del sur. Daniel, con peluca y gafas negras, como un loco, logra montarse en el mismo bus y lo sigue hasta verlo desaparecer detrás de una puerta en la sección de oncología.

Al caer la tarde, caminando por el barrio, a menos de veinte metros del viejo, sabiendo que el tiempo se ha agotado, se encuentra sintiendo, en el fondo de la ira y del dolor, algo parecido a la compasión. El monstruo está viejo, enfermo, solo, arrinconado por la vida. Y él en cambio ha recibido el obsequio inesperado de poder mirar cómo se extingue.

Esa noche el viejo se encierra en su apartamento, otra vez. Daniel entiende que puede seguir así, siguiéndolo de lejos durante semanas o durante meses, sin ser capaz de enfrentarlo. Es jueves y hace calor. Camina

varias horas, no sabe cuántas, por el barrio mal iluminado, cada vez más frenético, con la peluca medio caída, sin quitarse las gafas negras a pesar de la oscuridad.

De repente se encuentra en el portal del edificio. Fuma ahí durante media hora, caminando pocos metros a un lado y al otro, hasta que tres mujeres medio borrachas salen gritando. No lo ven entrar. Sube por las escaleras sin encender la luz. Se queda más de una hora sentado junto a la puerta del apartamento, lleno de pánico, sudando, a oscuras, oyendo los movimientos del viejo adentro.

No puede. Nunca podrá. Baja las escaleras, camina como en un mal sueño por las calles más ruidosas, vuelve a su casa con la peluca en la mano. Duerme tan mal como las noches anteriores pero se levanta muy temprano, se afeita por primera vez en días, se pone su única camisa con cuello y manga larga, su único pantalón de paño, se peina y se perfuma. Evita mirarse la cara en el espejo.

Ya frente al edificio del viejo, habiéndose tomado tres cafés, sintiendo en los huesos las cinco noches de insomnio, sintiendo que el corazón le palpita muy fuerte, corre para sujetar el portón cuando un niño sale corriendo del edificio. Sube saltándose escalones y sudando. Enciende la luz del pasillo, da cinco pasos largos y ya fuera de control golpea la puerta del viejo con una mano muy abierta.

No pasa nada.

Siente que el corazón le va a estallar.

Insiste. Tres golpes, más fuertes. El sudor se le mete en los ojos. Se apagan las luces del pasillo. Está a punto de golpear otra vez cuando la puerta se abre y una mano muy grande lo agarra de la muñeca y lo lanza adentro. Sin darle tiempo de entender, la misma mano le da un puñetazo seco en la nuca y le tuerce un brazo en la espalda.

Cuando ya ha sido arrastrado y esposado a una mesa, las cortinas se abren y ve que no hay en el apartamento nadie más que el viejo. El viejo, sin ayuda, lo tiró al piso, lo encañonó, lo arrastró, lo esposó, abrió las cortinas y las puertas y ahora está en la cocina preparándose un café.

Daniel no tiene más remedio que quedarse mirando la mesa redonda sobre su cabeza, cinco sillas, un sillón desvencijado, dos afiches de paisajes alpinos, una colección de acetatos y de cedés, una puerta con pequeños vidrios cuadrados al balcón, otra al dormitorio y otra a la cocina empapelada con rombos en colores pastel, de la que ya sale el viejo.

Coge de nuevo su pistola, se la pone en la nuca, lo esposa a los hierros de la baranda, en el balcón, y lo obliga a sentarse en una silla. Después, con la misma naturalidad, trae dos tazas de café. Deja una junto a sus pies y se toma la suya sin mirarlo, fumándose un

cigarrillo, con los ojos fijos en las ventanas tapiadas del edificio de enfrente. Después se va a la sala, pone la radio en una emisora de música tropical, entra al cuarto y cierra la puerta.

Pasadas dos horas en las que Daniel sólo ha podido aburrirse (humillado, fatalmente debilitado, sabiendo como sabe que esa escena en la que es protagonista y único personaje es algo parecido a una lección educativa del viejo, la demostración práctica de un principio moral que él no acaba de descifrar).

El viejo abre la puerta principal, se larga y regresa pasados menos de quince minutos cargando dos bolsas de comida que deja en la cocina. Apaga la música. Se para frente a él, lo mira a los ojos durante medio minuto. Después abre las esposas, le da la espalda y se va a preparar el almuerzo. Daniel no sabe qué hacer. Se para despacio. Se pasa una mano por la cara para quitarse el sudor, se acerca a la puerta de la cocina.

No puede agarrar a golpes a ese viejo que se empina para alcanzar la alacena de los condimentos. Tampoco puede empezar a insultarlo en medio del silencio. Opta por recorrer el apartamento. El cuarto del viejo es tan austero como todo lo demás. Una cama doble destendida, un clóset para la ropa, la puerta a un baño recién reformado.

En el cajón de la mesa de noche encuentra una foto suya de cuando tenía cinco años. Se sienta en la

cama. Quiere tener a mano una pistola para poder dispararle al viejo por la espalda y así no tener que golpear su cuerpo enfermo antes de largarse corriendo a las escaleras oscuras.

No sabe qué es lo que lo impulsa a abrir los cajones del clóset. Ropa en los tres primeros. En el último, como esperándolo, el álbum de fotos. No puede ser pero es. Ahí está él, después del abandono, en cada uno de los rituales del crecimiento. Haciendo la primera comunión. Ganando un torneo de baloncesto. Terminando el servicio militar. Graduándose del colegio. Graduándose de la universidad.

Quiere robarle la pistola al viejo y encañonarlo para poder mirarlo a los ojos antes de dispararle todas las balas que le quepan a la pistola. Regresa a la cocina. Huele a carne asada. Las ollas botan vapor y el viejo está abriendo una botella de vino. Sin decir nada, sin mirarlo a la cara, medio de espaldas, el viejo le extiende dos platos para llevar a la mesa.

Obedece, lleva los platos. Como si tuviera otra vez siete años. Como si nunca se hubieran separado y ese fuera un almuerzo del pasado. El viejo saca dos copas altas y cubiertos. Pasa muy cerca de su cuerpo cuando las pone en la mesa (él sigue muy quieto, con los brazos rígidos en los costados y las manos muy apretadas).

No comen juntos. Daniel abre una ventanita de la cocina y se queda ahí, fumando un cigarrillo tras otro

mientras el viejo come solo en la mesa, con el radio otra vez prendido. El resto del día lo pasan cada uno en un cuarto. El viejo recoge y lava los platos. Daniel come más tarde, en la cocina. El viejo está un rato encerrado, durmiendo. Daniel se queda en la terraza dos horas. El viejo sale a hacer compras, Daniel no se mueve.

A las once de la noche sabe que ya no podrá irse, que tendrá que quedarse a dormir en el apartamento de su padre. Apaga el celular. Se sienta en la terraza. Está fumándose el enésimo cigarrillo del día cuando el viejo sale y le pregunta qué música quiere oír. Daniel no tiene tiempo de controlar su cuerpo. Sin mirar se lanza contra el pecho del viejo y lo tumba al suelo.

Nunca ha golpeado a nadie, tampoco en la adolescencia, pero apenas el viejo cae le da un puñetazo sólido en la cara y después otro y otro más, con toda la fuerza de la que es capaz. No puede detenerse y es consciente de que lo está golpeando muy duro, de que lo va a matar, pero no le importa, sólo oye el ruido de sus nudillos reventando esa masa en que se está convirtiendo la cara del viejo.

Un golpe por su esposa.

Otro por su madre.

Otro por su hijo.

Otro por él mismo.

Y vuelta a empezar.

Con cada golpe siente más rabia y entre más furioso

se pone más duro golpea. El viejo quiere alejarlo con los pies y le tira puños muy débiles, tratando de quitárselo de encima. Daniel sabe que lo va a acabar, que el viejo no quiere defenderse y ese pensamiento lo enerva todavía más. Se pone de pie para rematarlo a patadas.

El viejo, que sí ha peleado antes, lo jala entonces con las dos manos de un tobillo y lo tira al suelo haciendo que se golpee una oreja con la baranda. Desde el suelo Daniel alcanza a ver a una gorda, en una ventana del edificio de enfrente, dos o tres pisos más arriba, mirándolos con un vaso en una mano. Inmediatamente después recibe un puñetazo que le hace sangrar la nariz y cuando intenta tirar otro golpe el viejo se arrodilla en su pecho, lo agarra de una muñeca y lo esposa otra vez a los hierros de la baranda.

Desaparece durante casi media hora. Vuelve con una cura en cada pómulo y otra en una ceja, con la cara untada de crema. Trae un sobre de aspirinas, un vaso de agua y otra cura. Deja todo al alcance de su mano y después trae dos tazas de café. Saca un paquete de cigarrillos y se sienta en un banquito de madera.

Daniel no toca su café. Sigue el silencio. Su padre le ofrece ponerle la cura en la oreja que sangra. Daniel no responde. Su padre procede, lavándolo primero con algodón y alcohol. Después le acerca más la taza con el café ya tibio, sin mirarlo a los ojos y prende un cigarrillo que le pone entre los labios.

Están así, a menos de un metro de distancia, en completo silencio, casi dos horas. Por el andén pasa un vendedor de ollas. Más tarde se oyen los bajos de la música electrónica que sale por los respiraderos de una de las discotecas, a los que se suman después los graznidos de un cuervo en los tejados. Cuando la discoteca cierra, el cuervo invisible se calma o se va y el silencio es absoluto.

Es entonces cuando el viejo empieza a hablar. Como si estuviera solo, muy despacio, intercalando frases cortas con caladas del cigarrillo, mirando siempre la misma ventana tapiada en la fachada del frente. No había más remedio, es lo primero que susurra el viejo. Y después, con voz temblorosa, No había otra manera.

Y tras otro silencio y una calada larga del cigarrillo:

Tenía que esconderme para que no nos mataran a todos.

Habían jurado hacerlo.

A ti, a mamá, a mí.

Entonces Daniel no aguanta más y le dice, en voz muy baja y muy firme, que se calle la puta jeta. El viejo va al baño, sale a comprar cigarrillos en una tienda que no cierra. Fuma solo en la cocina, regresa. A la vuelta quiere ponerle otro cigarrillo entre los labios pero Daniel lo empuja con la mano libre y consigue jalarlo violentamente de una pantorrilla y su padre intenta zafarse y ahí es cuando Daniel lo tira con todas

sus fuerzas al piso y logra sentarse en su barriga para pegarle otra vez.

Alcanza a tirar dos puños. Le abre de nuevo una de las heridas. El viejo no va a defenderse y otra vez la ira es más fuerte que todo. Daniel quiere pegarle al viejo más, mucho más, y levanta el brazo libre todo lo que puede y lanza tres buenos puños pero al cuarto su brazo pierde fuerza y los puños empiezan a parecer cachetadas y siente cómo ya no puede, cómo le duelen las articulaciones.

Agotado y llorando en voz alta se deja caer encima del viejo, quien hace ya varios golpes que lo está jalando, que lo abraza, que lo aprieta contra su pecho con más fuerza y llora también. Todavía están llorando cuando Daniel lo tira lejos, como a un amante después del sexo. Muy despacio, agarrando los hierros de la baranda, el viejo se pone de pie. Se limpia los mocos y la sangre y las lágrimas.

Entra a la sala, saca su pistola del único mueble.

Encañona a Daniel de nuevo.

Él se deja hacer.

Se deja llevar a la sala.

Se deja esposar de nuevo a las patas de la mesa.

El viejo entonces cierra las cortinas, acerca un tapete muy grueso a la mesa, extiende dos sábanas, pone una almohada y una cobija. Apaga las luces. Daniel mira el cielorraso iluminado por las luces de los postes y se queda dormido.



Se despierta a las nueve, con mucho dolor en la oreja rota pero sintiéndose aliviado. El viejo ya no está. Pasa dos horas mirando el edificio de enfrente, el brillo del sol de la mañana en las ventanas, unas nubes muy pequeñas que pasan volando bajo y muy rápido. No piensa en nada, no planea, se olvida completamente de sí mismo, de su esposa, de su hijo.

El viejo aparece a mediodía con pizza para los dos. Comen sentados en el suelo, en silencio, él todavía esposado. Cuando acaban el padre aleja las cajas de la pizza con un pie y abre una botella de vino. Toman despacio, sin decir una palabra, mirando cada uno en una dirección distinta a través del ventanal de la sala.

Acabada la botella, el viejo trae otra que también se acaba pronto. Cuando empiezan la tercera, casi a las cinco, el viejo se sienta y mirándose los zapatos, otra vez como si estuviera solo, habla. Cuenta cómo conoció a los primeros narcos en una fiesta, en el 77, siendo Daniel un niño pequeño.

Explica con palabras temblorosas cómo le fascinó desde el principio ese mundo, cómo se hizo amigo de dos matones, cómo les hizo favores, cómo se hizo narco. Dice, con pocas frases atoradas, cortadas, sin acabar, que esa se le volvió la única forma de estar vivo. Y dice también que esa deliciosa intensidad y esa furia fueron su condena.

Cuenta cómo renunció a la vida de esposo y de padre y de profesional, cómo tuvo que guardar las apariencias hasta cuando fue físicamente imposible. Hace un silencio muy largo. Entonces, confusamente, alude a sus primeros trabajos, a las amenazas de los verdaderos capos, a lo que llama la verdadera dicha de la adrenalina y la paranoia.

Y de repente corta otra frase a la mitad. Y se queda callado. Daniel llora en silencio. Su padre no puede verlo. Están así, sin decir nada, mirando la luz del atardecer. Entonces el viejo, con voz firme, habla de nuevo. Le pide perdón. Daniel siente que lo mira por la espalda. Le dice que todo lo ha hecho mal. Que siempre creyó que lo mejor era no volver a aparecer en su vida convertido en un mafioso. Que se había dado cuenta de su error demasiado tarde.

Empieza una nueva frase diciendo Intenté regresar… pero no puede acabarla. Daniel cree que también él llora. Prenden cada uno un cigarrillo. Daniel se voltea para mirarlo a los ojos, pero el viejo no es capaz de enfrentarlo. Cuenta cómo los del Cartel mandaron a dos tipos a matarlo en el parque del barrio, de camino a la puerta de su colegio, y cómo mataron a otro tipo por error. Cómo lo llamaron esa misma tarde a decirle que iban a acabar con toda la familia. Cómo decidió entonces que se iría y no volvería nunca.

Daniel levanta otra vez la mirada, pero el viejo está concentrado en sus propios zapatos. Es entonces cuando Daniel por fin lo entiende. Del mafioso no queda nada. Ese hombre, su padre, ya no es más que un viejo (uno con fuerza de voluntad, pero también uno cansado, enfermo, acabado). Uno arrinconado por sus propios errores, por sus propios miedos, incapaz de ser algo mejor.

Daniel llora otra vez, en completo silencio. Empieza a sentir una felicidad desconocida, dulcísima, algo parecido a la ligereza del espíritu. El viejo habla otra vez para explicar cómo antes de desaparecer le pidió a la abuela que les contara todo lo que realmente había pasado y les dijera que iba a volver cuando pudiera. Cómo demasiados años después se había enterado de que la abuela no había querido contarles nada de nada y en cambio se había llevado el secreto a la tumba, dejando como si fuera herencia suya todo el dinero que él le les había dejado.

Dice también que las cosas se pusieron después mucho peores y que él tuvo que huir de la ciudad y después del país y que ya no pudo volver nunca. Daniel sabe que esa no es toda la verdad, que, si realmente lo hubiera querido, su padre podría haberlo salvado de todo el dolor. Pero su padre es eso que hay ahí, en ese balcón, y nada más. Un viejo triste, acorralado en una ciudad que ya no es suya, sin nadie que sepa de su enfermedad, sin nadie que lo llore.

*

A la hora del almuerzo el viejo sale de nuevo, regresa con bolsas de la tienda. Comen. Después, pudiendo por fin mirarse a los ojos, se sientan a fumar en la mesa redonda. El viejo le explica que ya ha resuelto todas sus cuentas terrenales. Hay tres millones de dólares limpios, líquidos, declarados y en cuentas visibles, para él y para sus hermanas y para su hijo. Cuando pronuncia el nombre del niño, Martín, como si lo conociera, a Daniel se la aguzan las orejas como a un gato, y casi puede ver cómo la tristeza se mete en el cuarto como una nube tóxica amenazando con asfixiarlos a los dos.

Es entonces (como a propósito, como esperando ese momento de debilidad compartida) cuando hace la petición. Es su último deseo. Lo dice con esas palabras. Mi último deseo. Quiere conocer al niño. Pronuncia otra vez su nombre. Después de un silencio demasiado largo, tiene que repetirlo. Quiero conocerlo, Daniel. Y voy a conocerlo. Es tu hijo, pero también es mi nieto. Daniel mira por la ventana la fachada del edificio de enfrente, enciende el enésimo cigarrillo y siente que el pecho le duele.

*

Pasa la penúltima noche en la cama de su padre, con él dormido al lado. Se despierta a las tres de la mañana y sale a la terraza. Siente ganas de ver a su esposa, de

contárselo todo. Se vuelve a dormir. El viejo lo despierta a las ocho. Ha preparado un desayuno con huevos, salchichas, jugo, café, tostadas. Una pequeña celebración de despedida, sabrá Daniel muy pronto.

Comen en silencio.

Cuando llena la segunda taza de café, el viejo habla por última vez. Me estoy muriendo de cáncer, dice. Y tú ya lo sabes. No quiero pasar encerrado y adolorido los meses que me quedan.

No tengo nada más que hacer.

Y calla de nuevo.

Lo que te estoy pidiendo, Daniel, es que me mates.

Por fin el viejo le mantiene la mirada.

Y Daniel le responde que sí, que lo hará.

*

A las tres de la tarde timbran. Abajo está Marta, recostada en el viejo Fiat. Antes de irse, para sorpresa de Daniel, le da un abrazo largo y apretado, sin decir nada. Martín se va de la mano de su papá al café de la esquina. Piden dos Coca Colas y Daniel explica que en el edificio de enfrente vive su abuelo. Que lo ha encontrado. Que su abuelo se va a morir muy pronto, de cáncer. Y que antes de morirse quiere conocerlo.

Martín no dice nada, no mira a su papá, se acaba la Coca Cola, se pone de pie mirando ya los balcones de la fachada. Caminan juntos hasta el portón, suben al

apartamento y una vez adentro el viejo les pide que se sienten en la terraza. El viento frío baja por los cerros, no es hora de sentarse en la terraza, pero obedecen. El viejo se va. Daniel y su hijo no se miran. Después el viejo vuelve con una caja llena de monedas de todo el mundo. Se la entrega a Martín y le dice que se la cuide, que ya se encontrarán en la otra vida y que tendrán toda la eternidad para hablar de los viajes.

Le pregunta con toda naturalidad si su padre ya le ha explicado que existe otra vida y al decirlo mira a Daniel a los ojos con una sonrisa triste que dice cuánto lo adora, cuánto desea encontrárselo allá, en el paraíso. Después le pide al niño que se acerque. Daniel se va a la cocina. El viejo le dice al niño que Daniel es un buen hombre y un buen papá, que nunca se olvide de eso. Le dice que él en cambio no ha sabido ser bueno. Que en todo se ha equivocado. Después le da un abrazo muy fuerte, lo mira largamente a los ojos y baja con él a la calle.

El viejo para un taxi, le da un billete de veinte mil al niño, lo despide con una sonrisa y una cachetadita en la mejilla. Cuando suben, lo primero que hace Daniel es preguntarle cómo debe matarlo. El viejo le da la espalda, va al cuarto, vuelve con un estuche plástico en el que hay una pistola Walther 9 milímetros automática y un silenciador. Le dice que lo haga esa noche, en el cuarto. Le dice que en el cajón de la mesa de noche

hay una nota de suicidio. Le muestra cómo instalar el silenciador, a qué distancia disparar.

Parece tenerlo todo calculado. Le indica, señalándoselo en la cama vacía, cómo dejar su cuerpo después del disparo, cómo poner el arma en su mano. Le explica que les quedan pocas horas para limpiar de huellas toda la casa. Con los zapatos envueltos en bolsas plásticas, oyendo salsa caleña de los años ochenta a todo volumen, limpian juntos, pisos, muros, mesas, lámparas, pomos, vasos, platos. Daniel baja la basura. A las seis, mientras atardece, el viejo se da una última ducha, se pone un pantalón y unos zapatos blancos y una camisa de flores. Se fuma el último cigarrillo, mirando nada por la ventana. Daniel lo ve desde una silla plástica.

Los dos tienen puestos guantes de caucho. El viejo se quita los suyos para lavarse los dientes y para tocar la superficie de su mesa de noche, los espaldares de las sillas, las ollas, los pomos, los vasos. Después se tiende en la cama y le indica a su hijo que se tome todo el tiempo que quiera. Daniel dice que se va a dar una vuelta. Baja con bolsas puestas en los zapatos hasta el rellano y mete las bolsas en el buzón de correo del viejo. Camina oliendo la brisa helada de Oriente, notándola por fin, pensando de nuevo en Marta. En su boca, en sus caricias.

Piensa por primera vez que Marta está todavía en edad de concebir otro hijo mientras compra seis latas

de cerveza en la tienda que está al lado de la estación de policía. Cuando entra de nuevo con las bolsas azules puestas en los zapatos, su papá duerme. Hay un frasco de Zolpidem en la mesa de noche. Piensa que es mejor así. Lo besa en la frente. Limpia inmediatamente su beso con papel del baño que se mete al bolsillo. La última media hora se le va mirándolo. Jugando con la pistola, con el silenciador. A las once se calza los guantes de caucho, mira la pantalla de su celular encendido y le escribe a Marta un extensísimo correo electrónico diciéndole cuánto la ama, contándole lo que ha pasado en esos últimos días.

Llama después a Martín. Le dice que lo adora, que es el mejor hijo del mundo. Le promete que irán juntos a la Sierra Nevada de Santa Marta. No puede contener el llanto. Intenta disimularlo. El niño, desconcertado, le responde que también lo quiere y que se verán al día siguiente y después cuelga. Entonces, así, con bolsas azules en los zapatos y guantes de caucho en las manos, pasa varias horas oyendo la música del viejo, en el salón, tomándose las seis cervezas, fumando un cigarrillo tras otro con las cortinas bien cerradas.

A las tres de la mañana, exhausto, se queda dormido. Se despierta a las seis con dolor de cabeza. El viejo todavía duerme. Obedece al pie de la letra las instrucciones. Enrosca el silenciador en la pistola, se arrodilla junto al cuerpo, apoya un codo en la clavícula, mete

el cañón en la boca entreabierta y dispara. El estruendo lo hace saltar del susto. Algo ha fallado en el silenciador. Temblando pone la pistola en la mano derecha del anciano y dobla su brazo hasta que el cañón queda entre los dientes.

Parece dormido y muy tranquilo a pesar de la sangre que ya pinta una aureola negruzca en la almohada. Lo besa de nuevo, llorando. Le limpia la frente y la cara. Apaga los bombillos. Va al armario, descuelga una camisa de colores, la más vistosa, y se la pone en lugar de su vieja camiseta blanca. No mira a su papá muerto. Sale al rellano. La luz está prendida y más arriba un vecino alarmado grita algo en tono de pregunta.

La luz se apaga automáticamente. Daniel entiende que en esa escalera tendrá que jugarse la vida. Se quita las bolsas de los zapatos, en una guarda la otra y adentro la camiseta y los guantes y el pañuelo. Baja a oscuras. Antes de llegar al pasillo de entrada oye una sirena.

Se queda muy quieto, mirando la puerta translúcida desde el primer escalón.

Cree oír voces de policías hablando por radioteléfono pero no está seguro.

Echa a andar.

No se detiene hasta desaparecer del otro lado de la puerta de vidrio, entre la luz total de Bogotá que despierta.

LIBRO AL VIENTO

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida en la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales, como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

121 Sylvie, recuerdos del Valois
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 Shakespeare: una indagación sobre el poder
Estanislao Zuleta

138 Versiones de la Independencia

139 Cuentos míticos del sol, la aurora y la noche
Teófilo Braga

140 Fábulas de Tamalameque
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 Cancionero de Rock al Parque

142 Bogotá contada 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez

143 «Naricita impertinente» y «La finca del pájaro carpintero amarillo»
Monteiro Lobato
Traducción de Mariana Serrano Z.
Ilustradas por Sindy Elefante

144 Novela de ajedrez
Stefan Zweig
Traducción de David Alvarado-Archila

145 Relatos de fantasmas
Edith Wharton
Traducción de Juan Manuel Caycedo

146 Al amparo del bosque
Antología colombiana de poesía homoafectiva - Investigación y compilación de Omar Ardila

147 Trece relatos nórdicos
Varios autores

148 De sobremesa
José Asunción Silva

149 Diez cuentos del Decamerón
Giovanni Boccaccio

150 Viaje alrededor de mi habitación
Xavier de Maistre

151 La calle 10
Manuel Zapata Olivella

152 Paco Yunque
César Vallejo

153 Un corazón sencillo
Gustave Flaubert

154 Bogotá contada 7
Orlando Echeverri
Margo Glantz
Betina González
Carlos Granés
Cristina Morales
Julianne Pachico
Antonio Ungar



LIBRO AL VIENTO COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te permite acceder de manera gratuita a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





Bogotá Contada 7 fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 154, y se imprimió en el mes de septiembre del año 2021 en Bogotá.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«Desde lo alto, se contempla la gran ciudad, la roja ciudad enladrillada».

MARGO GLANTZ

Bogotá como eje temático

LIBRO AL VIENTO LATERAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

La edición de este libro hace parte de la celebración de los diez años del Instituto Distrital de las Artes-Idartes. ¡Diez años celebrando la vida a través del arte y la cultura!











